

# J ESTUDIOS JALISCIENSE S

45

Agosto de 2001

## EL COLEGIO DE JALISCO

---

### INTRODUCCIÓN

Jesús Gómez Serrano



MARIO ALDANA RENDÓN

*Una Institución cultural consolidada*



EUGENIA MEYER

*En defensa de lo propio*



JORGE ALONSO

*Diez productivos años*



JOSÉ LUIS CUÉLLAR

*Diez años en la vida de Jalisco*



PEDRO TOMÉ MARTÍN

*Un acontecer que fluye a contracorriente*

# J ESTUDIOS ALISCIENSES S

Revista trimestral de El Colegio de Jalisco

## EDITORES

José María Murià, Jaime Olveda y Agustín Vaca

## ADMINISTRADORA

Angélica Peregrina

## APOYO TÉCNICO

Patricia Arellano

## CONSEJO EDITORIAL

Jorge Alarcón (Universidad de Guadalajara). Georges Baudot (Université de Toulouse-Le Mirail). Guillermo de la Peña (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social). Juan Manuel Durán (Universidad de Guadalajara).

Claudi Esteva Fabregat (Universidad de Barcelona). Moisés González Navarro (El Colegio de México). José Luis Martínez (Academia Mexicana de la Lengua).

Agosto de 2001

---

## EL COLEGIO DE JALISCO

### INTRODUCCIÓN

Jesús Gómez Serrano 3

### MARIO ALDANA RENDÓN

*Una Institución cultural consolidada* 8

### EUGENIA MEYER

*En defensa de lo propio* 18

### JORGE ALONSO

*Diez productivos años* 27

### JOSÉ LUIS CUÉLLAR

*Diez años en la vida de Jalisco* 33

### PEDRO TOMÉ MARTÍN

*Un acontecer que fluye a contracorriente* 42

Asociados numerarios de El Colegio de Jalisco:

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología  
Gobierno del Estado de Jalisco  
Universidad de Guadalajara  
Instituto Nacional de Antropología e Historia  
El Colegio de México, A.C.  
Ayuntamiento de Guadalajara  
Ayuntamiento de Zapopan  
El Colegio de Michoacán, A.C.

*Estudios Jaliscienses*

La responsabilidad de los artículos es estrictamente personal de los autores. Son ajenas a ella, en consecuencia, tanto la revista como la institución que la patrocina.



5 de Mayo 321  
Zapopan, Jalisco

---

# Introducción

## Entre el manto centralista y la cobija vernácula

La publicación del número 40 de *Estudios Jaliscienses*, con el que cumplió, en el 2000, sus primeros diez años de aparición ininterrumpida, es el tema o el pretexto del que se han valido los autores de los artículos aquí reunidos. La evaluación de su trayectoria, el recuento de los autores y los artículos publicados, y el señalamiento de las temáticas abordadas los ha llevado de manera natural a reflexionar sobre El Colegio de Jalisco, la institución que, en el contexto de su creciente y cada vez más reconocida labor editorial, ha echado sobre sus hombros la responsabilidad de publicar trimestralmente y con toda puntualidad esta revista.

El volumen se abre con un artículo de Mario Aldana, quien ofrece una semblanza histórica de una institución joven pero ya consolidada. Recuerda que la idea de crear El Colegio de Jalisco nació en Guadalajara a principios de la década de los ochenta, en la mente de algunos egresados de El Colegio de México. Por entonces daban sus primeros pasos El Colegio de Michoacán y El Colegio de la Frontera Norte, instituciones a las que diversas circunstancias parecían augurar un porvenir brillante. El gobernador Flavio Romero de Velasco, que había firmado con el INAH un convenio tendente a la publicación de los cuatro tomos de la monumental *Historia de Jalisco*, vio con simpatía el proyecto y le ofreció su respaldo. La idea tenía además el apoyo entusiasta de Alfonso de Alba, que era secretario general de gobierno y contaba con una vasta experiencia en menesteres de promoción cultural. Fue así como, en noviembre de 1982, se constituyó formalmente una asociación civil denominada El Colegio de Jalisco, que tenía como tareas principales realizar investigación científica y formar investigadores en el campo de las ciencias sociales y las humanidades. Tal vez en ese momento la tarea parecía sencilla, pero la historia demostró que el camino que debía seguirse era muy largo y estaba lleno de dificultades.

Entre los obstáculos que tuvieron que enfrentarse, Mario Aldana recuerda como los más difíciles los de índole política e institucional. Durante la administración de Enrique Álvarez del Castillo, El Colegio fue visto como una especie de “patito feo”; “arrinconada en algunas aulas del Hospicio Cabañas, la institución era considerada una herencia [no deseada] del pasado, a la que no se sabía qué destino ofrecerle”. El mal tiempo se prolongó por varios años, durante los cuales El Colegio apenas si tuvo

energía para sobrevivir. De esta etapa difícil, Aldana recuerda como logro rescatable, preludio de lo mucho que en el campo editorial se haría después, la publicación de la revista trimestral *Encuentro*.

Las cosas cambiaron por completo cuando Guillermo Cosío Vidaurri asumió la gubernatura y José María Muriá fue designado presidente de El Colegio de Jalisco. Apoyado en su sólido prestigio profesional y en su experiencia administrativa, Muriá asumió con seriedad, inteligencia y creatividad el enorme reto de insuflar nueva vida a una institución académica que algunos juzgaban desahuciada. Después de errar por la ciudad de Guadalajara, lo que incluyó una breve estancia en la propia casa de Muriá, encontró una sede digna y definitiva en una vieja casona de Zapopan. Tal vez sea sólo un accidente, producto a su vez de las trágicas explosiones del 22 de abril de 1992, pero encuentro aleccionador el hecho de que una institución que nace como respuesta al insolente centralismo cultural que padecemos en México, que había optado en un principio por anidarse en la mayor metrópoli urbana del Occidente, se haya visto obligada a encontrar refugio en un municipio mucho más modesto.

En los casi diez años que ha durado la presidencia de Muriá, El Colegio de Jalisco ha dado pasos muy rápidos y firmes en el camino de su consolidación institucional. Se han abierto programas de posgrado que aspiran de manera bien fundada a la excelencia; se han establecido relaciones académicas formales y fecundas con instituciones del país y el extranjero; se mantienen abiertos 18 proyectos de investigación; se cuenta con una excelente biblioteca; se han publicado más de dos centenas de títulos y se han celebrado muchos coloquios en las capitales municipales de Jalisco. Aldana no duda en señalar que estos coloquios, concebidos como ejercicios de reflexión y discusión, han roto con la tradición de solemnidad que normalmente se asocia a esa clase de reuniones y que, además, han sido “de gran importancia para la difusión de la historia y los valores culturales de las regiones de Jalisco”.

Con toda razón, Eugenia Meyer dice en su artículo que El Colegio de Jalisco ha emprendido una defensa “obstinada” de la cultura y la historia del Occidente de México, y que esa batalla se ha tenido que dar en varios frentes a la vez. No es poca cosa haber emprendido en forma razonablemente exitosa una batalla contra el centralismo educativo y el poder avasallador de las grandes instituciones de cultura. En realidad, se trata de una lucha desigual y que parecía destinada al fracaso: una vez más, el pequeño David provinciano enfrentando al fornido Goliat que administra desde la capital del país presupuestos y prebendas. Lo sorprendente es

que, provisto de una modesta honda a la que muchos no habrán dudado en tachar de ridícula e inofensiva, este pequeño David del Occidente esté todavía vivo y tenga una historia que contar. Una historia, además, llena de logros sorprendentes y de hazañas fuera de proporción con los medios tan modestos que han sido puestos a su alcance.

Por eso me gusta la metáfora empleada por Eugenia Meyer, en el sentido de que José María Muriá y demás constructores de El Colegio de Jalisco pretendían “librarse del manto, en apariencia protector, del colonialismo centralista”, para sustituirlo por la cobija tejida con los valores, la cultura y la identidad locales. Evidentemente, corrieron el riesgo de quedarse descubiertos, sin el manto asfixiante pero protector del centralismo, pero también sin ese nuevo jergón que debía tejerse en la provincia con los medios provistos por ella.

Dice Eugenia Meyer que “había que formar un establecimiento netamente jalisciense”, afirmación con la que en cierto sentido estoy de acuerdo, pero que tal vez convendría matizar. Creo que Muriá y quienes lo han seguido en esta aventura nunca han querido oponer al centralismo avasallante los diques miopes del provincianismo mal entendido. Creo que Jalisco, más que una trinchera inexpugnable, ha sido un mirador o atalaya de largo alcance. Por muchas razones, se avizora mejor y se da atención preferente a lo jalisciense, pero la vocación regional de El Colegio es clara y no ha dejado de dar frutos más allá de las fronteras que la historia y la geografía le han fijado a ese estado.

Creo que una mala manera de combatir el centralismo que padecemos es buscando refugio en las glorias supuestas o reales de la provincia, buscando esas especificidades aparentemente irreductibles del carácter jalisciense, yucateco o veracruzano. A mí me parece que con sus publicaciones periódicas, sus libros, sus programas de posgrado, sus coloquios y su trajín académico de todos los días, El Colegio de Jalisco le ha dado a todo el país lecciones muy sanas de altura de miras y de eficacia académica. Desde un mirador levantado en un estratégico rincón de la provincia mexicana, se ha propuesto tareas que atañen al país entero. Creo que esta introspección inteligente, este enriquecimiento del patrimonio cultural de Jalisco y el Occidente de México le hacen bien a todo el país.

Tal vez El Colegio se creó como una respuesta a la insolencia centralista, pero su quehacer, su política y su proyección no han tenido un carácter “defensivo”. Lo que ahora tenemos, ese patrimonio tangible formado por libros, revistas, tesis, memorias y vivencias, constituye una aportación notable a la historia y al patrimonio cultural de Jalisco,

pero es también una lección sobre la forma en la que pueden enfrentarse los grandes retos que en el campo de la investigación humanista y la formación de especialistas enfrenta el país. Se ha hecho mucho con poco, se ha avanzado un largo trecho en unos cuantos años, se han vencido y superado toda clase de obstáculos y se ha consolidado en Zapolpan, un municipio de raíces campesinas ahora conurbado a la capital del estado de Jalisco, una institución académica ejemplar en más de un sentido. Creo que hay aquí muchas lecciones que deberían estudiarse con atención en las instancias que desde la ciudad de México administran presupuestos y apoyos.

Eugenia Meyer hace una rápida revisión de los afanes y logros de El Colegio de Jalisco, sobre todo en el campo editorial, y concluye recordando la medida en la que ella misma está implicada en “las acciones, las pasiones y las experiencias” de esta institución; “los sueños y hasta las locuras de José María Muriá no me son ajenos”, afirma en forma desafiante, y reafirma su convicción de que El Colegio ha sabido resistir los embates del centralismo asfixiante, hacer a un lado las “ambiciones” de muchos políticos, labrarse un perfil académico propio y persistir en el empeño de edificar una institución “digna y singular”.

Jorge Alonso propone una evaluación de la revista *Estudios Jaliscienses*. Subraya el carácter abierto de la revista, su vocación regional y los alcances de las discusiones propuestas, que en muchas ocasiones han rebasado las fronteras del país. *Estudios Jaliscienses* es el resultado de un “esfuerzo perseverante y de calidad”. Se dice fácil, pero detrás de cada número está un equipo de editores que ha asumido con la mayor seriedad el compromiso contraído desde el primer número con los lectores. Por diversas razones, la revista se ha ocupado en forma preferente de temas históricos, pero se han ido abriendo las puertas a la política, la cultura, el tema de la construcción de identidades, la sociología y la antropología de la religión, los estudios de género, la etnomusicología, la arqueología y la vida cultural jalisciense. En suma, ha llenado con creces su objetivo de enriquecer el conocimiento que se tiene de las diversas regiones que forman el territorio de Jalisco. Los 217 artículos publicados en los primeros 40 números de *Estudios Jaliscienses*, concluye Alonso, ofrecen “un panorama de pluralidad, profundidad y profesionalismo”, que han permitido que el conocimiento que tenemos de la región avance de manera notable.

En su crónica, Pedro Tomé subraya algunas de las cualidades distintivas de El Colegio de Jalisco. Se trata de una institución con dimensiones humanas, en la que la gente se ubica y se conoce; un lugar en el

que sin mayores complicaciones ni trámites se puede acceder hasta la oficina del Presidente para plantearle, en forma directa y personal, un problema. No es poco decir, habida cuenta de que uno de los males que con mayor frecuencia torturan a las instituciones académicas del país es el gigantismo, el divorcio entre las autoridades y los investigadores, la anulación de la persona y su conversión en simple número o expediente que espera que un burócrata o una máquina la clasifique.

En sus programas de posgrado, El Colegio ha apostado a la calidad y no a la cantidad, aunque de esta manera la institución permanezca ajena a la “feroz competencia” que se ha desatado entre las universidades públicas y privadas en el mercado de los posibles alumnos. Como institución pequeña que es y quiere seguir siendo, El Colegio ha evitado, sin embargo, la tentación de volverse sobre sí misma, refugiándose detrás de los altos muros que la separan de la calle. Como lo muestra la experiencia del propio Tomé, El Colegio ha sabido mantener sus puertas abiertas, dispuesto siempre a enriquecerse con la colaboración de nuevos estudiosos.

En este sentido, más que el callado claustro de un convento colonial, El Colegio se parece al animado atrio de la basílica de Zapopan, un espacio abierto en el que historiadores, antropólogos, urbanistas, politólogos y estudiosos del folklore urbano mantienen un diálogo animadísimo sobre los más variados temas. Un diálogo que invoca de continuo autoridades modernas, pero que evita la trampa de confundir lo viejo con lo caduco y lo nuevo con lo pertinente. Como ha constatado el propio Tomé, en El Colegio no se ha desechado a los clásicos griegos y medievales ni se ha propiciado que los alumnos caigan en el error de “no leer nada cuya antigüedad exceda de quince años y no venga en inglés”. Pequeño por el tamaño de sus instalaciones y el número de sus alumnos, El Colegio es universal por su vocación humanista, la índole de sus preocupaciones y el quehacer de sus investigadores.

Con su número 40, pues, *Estudios Jaliscienses* alcanzó los diez años de aparición ininterrumpida y puntual. Más allá de lo difícil que resulta en el medio académico mexicano consolidar una publicación científica y mantenerla viva en un contexto tan vulnerable a los vaivenes políticos, me parece que han sido años muy productivos, consagrados al estudio inteligente, lúcido y no pocas veces provocador de la historia y la actualidad de Jalisco. Como atinadamente lo sugiere el título del artículo de José Luis Cuéllar, la revista es ya parte de la memoria de este estado, son “diez años en la vida de Jalisco”.

## *Una Institución cultural consolidada*

Mario Aldana Rendón  
*Universidad de Guadalajara*

La Cultura no ha sido una empresa fácil en México. Diferentes factores han influido para que así sea: el desdén histórico hacia las actividades consideradas no productivas desde el punto de vista económico; la ausencia de recursos económicos, pretexto recurrente esgrimido por las autoridades; el marcado desinterés empresarial por financiar proyectos que no dejarán ganancias; y ese largo letargo intelectual que mantiene en constante modorra el cerebro de buena parte de los mexicanos, son, entre otras, las causas fundamentales para que la vida cultural siga siendo una cuestión que interesa a unos pocos. No pocos proyectos han muerto en el intento de enfrentar y superar estas dificultades. Haberlo logrado, hace más meritoria la permanencia de El Colegio de Jalisco, institución que a lo largo de sus primeros 19 años de vida, ha tenido como principal motivación investigar el pasado y el presente de Jalisco de manera seria y profesional, esfuerzo que justamente le ha sido reconocido no sólo en el terruño, sino en todo el país y en el extranjero.

Si El Colegio goza hoy de merecido prestigio, sus inicios fueron azarosos y la empresa casi se malogra, como enseguida veremos. En Jalisco, el más remoto antecedente de las instituciones de investigación social profesionalizada fue el Plan Lerma, institución que, descentralizada del gobierno federal, por los años sesenta orientó sus trabajos de investigación al análisis de los impactos económicos y sociales en la Cuenca del río

Lerma-Santiago, estudios que fueron casi siempre de una gran calidad; de este grupo de trabajo surgieron investigadores que posteriormente realizaron importantes tareas en la función pública o en la vida académica.

A principios de la década de los setenta, se instaló la delegación regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) cuya sede fue el Museo del Estado, en donde un pequeño grupo de investigadores profesionales orientó sus trabajos hacia los campos de la historia y la arqueología regionales. Con esta decisión, el INHA se desligó del compromiso que, desde 1958, tenía con el Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, dependiente de la Universidad de Guadalajara, institución que en sus años de existencia se dedicó fundamentalmente al estudio paleográfico, a publicar textos inéditos y a reeditar obras clásicas de la historia colonial de la Nueva Galicia.

Fue hasta el año de 1976, al crearse el Instituto de Estudios Sociales, cuando finalmente la Universidad de Guadalajara tomó las primeras decisiones institucionales para profesionalizar la investigación histórica y social. Antes, si bien la Universidad contaba con los institutos de Botánica, Astronomía y Meteorología, Bibliotecas, y Geografía y Estadística, solamente algunos de sus integrantes, como los profesores José Guadalupe Zuno Hernández y José Luis Razo Zaragoza, disfrutaban y ejercían una plaza de investigador; el resto del personal laboraba con plaza de docente o de personal administrativo. Por esas fechas, el nombramiento de investigador todavía era considerado una suerte de "aviaduría" con la que se favorecía a universitarios cercanos al grupo político de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), que regenteaba la Universidad.

Si en Jalisco el panorama de las ciencias sociales e históricas era muy pobre, en la ciudad de México ocurría lo contrario. A partir del movimiento estudiantil de 1968, la comunidad académica buscó en la investigación social las respuestas que explicaran las causas de la evolución del pueblo mexicano y la solución para los grandes problemas nacionales; en consecuencia, las

grandes obras de historia que tamizaron al Porfiriato y a la Revolución se multiplicaron.

De manera paralela, siguiendo el ejemplo del INAH, instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y El Colegio de México buscaron descentralizarse y establecer sedes regionales en algunos estados del país. La creación de El Colegio de Michoacán y El Colegio de la Frontera despertó en varios de los egresados de El Colegio de México que se encontraban en Guadalajara la inquietud por crear El Colegio de Jalisco. El camino para lograrlo fue largo y nada sencillo; las paternidades y maternidades del proyecto fueron diversas, y sus esfuerzos a veces encontrados.

Desde el principio, tanto José María Muriá como Carmen Castañeda, egresados de El Colegio de México, fueron entusiastas promotores. A ellos se sumaron Patricia Arias, Carlos Alba Vega y Fabián González, entre otros, respaldados por el doctor Luis González y González, presidente de El Colegio de Michoacán, quien se convirtió en el más importante difusor de las bondades de instalar El Colegio de Jalisco ante las autoridades culturales más importantes del país.

La idea ganaba adeptos, pero faltaba obtener el visto bueno del gobierno del estado, encabezado en ese momento por Flavio Romero de Velasco. El Gobernador tenía una noción muy clara del papel de la historia en la vida cultural de la sociedad, y por ello había creado el Archivo Histórico de Jalisco y firmado un convenio con el INAH para la realización de la *Historia de Jalisco*, obra en cuatro tomos que dirigió José María Muriá y que fue editada en 1982.

Obtener el apoyo del Gobernador fue una tarea que se echó a cuestras el entonces secretario general de gobierno, Alfonso de Alba Martín, quien desde el principio se convirtió en ferviente impulsor del proyecto, el que prácticamente asumió como suyo. De Alba Martín había sido secretario general de gobierno con Agustín Yáñez (1955-1959), y diputado federal y director de Pensiones del Estado en el gobierno de Alberto Orozco Romero (1971-1977). En el ámbito cultural fue reconocido como

escritor con sus libros: *Entonces y ahora* (1944); *La provincia oculta* (1949); *Antonio Moreno y Oviedo y la generación de 1903* (1949); *Al toque de queda* (1953) y *El Alcalde de Lagos y otras consejas* (1957).

Con su respaldo se realizó, en el mes de agosto de 1981, el Primer Encuentro de Investigación Jalisciense. Economía y Sociedad, el cual tuvo como sede el Museo Regional de Guadalajara. Esta reunión cumplió a la perfección los dos objetivos que la motivaron: por una parte, asegurar la presencia de los investigadores de mayor renombre en el conocimiento de los temas económicos y sociales de la entidad, y concluir que tan amplia temática de investigación hacía necesaria la creación de nuevas instituciones de investigación social en el estado.

Finalmente, el 9 de noviembre de 1982, ante el Notario Público suplente adscrito al número 47 del municipio de Guadalajara, comparecieron: Luis González y González, representando a El Colegio de Michoacán; Víctor L. Urquidi, por El Colegio de México; Enrique Zambrano Villa y Enrique Alfaro Anguiano, por la Universidad de Guadalajara, así como Flavio Romero de Velasco y Alfonso de Alba Martín, por el gobierno de Jalisco, con el objeto de constituir una asociación civil denominada El Colegio de Jalisco, cuyo propósito “será realizar investigación académica y programas de docencia a nivel universitario en las áreas de Ciencias Sociales y de Humanidades”; difundir los resultados a través de libros y revistas; y colaborar con otras instituciones nacionales o extranjeras “para formar y perfeccionar personal especializado en tareas de investigación y docencia de alto nivel”.

En el acta constitutiva se define a la Asamblea General de Asociados como la máxima autoridad de la asociación, con atribuciones para vigilar el cumplimiento de sus objetivos; para designar y remover a los miembros de la Junta de Gobierno; examinar y aprobar, en su caso, el programa de actividades, las propuestas presupuestales de ingresos y egresos, el informe anual de la Junta de Gobierno, y aprobar el informe contable. Por su parte, la Jun-

ta de Gobierno actuaría como órgano de dirección y administración y se integraría con trece miembros honorarios, cuyo cargo duraba seis años, pudiendo ser reelectos; la Junta de Gobierno podía delegar en un presidente “las facultades de administración y dominio que estime pertinentes para el mejor funcionamiento de la asociación.”

Las personalidades que comparecieron se constituyeron en la primera Asamblea General de Asociados Numerarios y designaron a los integrantes de la primera Junta de Gobierno de El Colegio de Jalisco de la siguiente manera: José Rogelio Álvarez, Antonio Gómez Robledo, Luis González y González, Juan Rulfo, Julio Labastida, Juan José Arreola, Manuel Rodríguez Lapuente, Sandra López Benavidez, Arturo Rivas Sáinz, Juan López Jiménez, Eugenio Pelayo López, Heriberto Villaseñor Morales, y Alfonso de Alba Martín. En tanto la Junta de Gobierno pudiera reunirse para designar un presidente de la misma, se nombró una Comisión Coordinadora integrada por Carmen Castañeda de Silva, Carlos Alba Vega y Patricia Arias.

Se vivían, en ese momento, tiempos de cambios políticos que tal vez impidieron que los miembros de la Junta de Gobierno pudieran reunirse para nombrar al presidente. Miguel de la Madrid Hurtado asumiría la Presidencia de la República el primero de diciembre de ese año, y en el ámbito local, de manera inesperada surgió como candidato al gobierno del estado el entonces diputado federal, Enrique Álvarez del Castillo, lo que significaba que el grupo de Flavio Romero de Velasco sería desplazado, tal como se estilaba en la política nacional.

El Colegio de Jalisco había nacido, pero no contaba con un presidente de la Junta de Gobierno; tampoco tenía un presupuesto que asegurara su funcionamiento. El futuro era, pues, muy incierto para la Institución. A pesar de ello, en su último informe de gobierno, Romero de Velasco calificó a El Colegio como “nuestra más alta institución de cultura a nivel de postgrado.”

Cuando el primero de marzo de 1983 Álvarez del Castillo asumió el gobierno del estado, un nuevo grupo

político se dispuso a reinventar la realidad, considerando que todo lo que se había hecho en el pasado estaba mal. Esta práctica canibalesca de la política nacional era impuesta por los propios presidentes que querían pasar a la historia como grandes innovadores y constructores de un México que se descubría cada seis años. No resultó extraño, entonces, que El Colegio fuera el patito feo de la nueva administración. Arrinconada en algunas aulas del Hospicio Cabañas, la Institución era considerada una herencia del pasado a la que no se sabía que destino ofrecerle.

Con el nuevo gobierno, la Universidad de Guadalajara recibió un trato privilegiado, muy diferente de aquellas relaciones tensas y conflictivas que se vivieron durante el gobierno de Romero de Velasco, por lo que no fue extraño tampoco que las más altas autoridades universitarias consideraran a El Colegio un competidor indeseable, cuyo destino final poco les importaba. Entre tanto, los miembros de la Comisión nombrados por la Junta de Gobierno de El Colegio, iban de puerta en puerta a las oficinas de gobierno en busca de fondos presupuestales para sostener, al menos, los gastos administrativos.

Finalmente, el 28 de julio de 1983 pudieron reunirse diez miembros de la Junta de Gobierno, quienes de manera unánime eligieron al licenciado Alfonso de Alba Martín como presidente de la misma. El Colegio tenía, al fin, un interlocutor y representante legal que abogara por la Institución ante las autoridades del estado.

Pero las cosas cambiaron muy poco. El gobernador había definido sus prioridades en materia cultural y su principal preocupación fue consolidar el recién creado Instituto Cultural Cabañas. José Rogelio Álvarez, quien con Eugenio Pelayo López se han mantenido comprometidos con El Colegio de Jalisco desde su fundación hasta estos momentos, al pronunciar, el 6 de noviembre de 1997, el discurso alusivo al XV aniversario de la Institución, describió de manera admirable esos años difíciles en los que, además de publicar la revista *Encuentro*, poco pudo realizar El Colegio "debido a la indiferencia

de un gobernador sin arraigo, superficial, desdeñoso de toda preocupación por penetrar en la hondura histórica y social de Jalisco.”

Pero si la política mantuvo casi moribundo a El Colegio, la política, a su tiempo, le dio nueva vida. Cuando el primero de marzo de 1989, Guillermo Cosío Vidaurri asumió el cargo de gobernador del estado, a Alfonso de Alba le faltaban cuatro meses para cumplir seis años como Presidente de El Colegio; intentó negociar su reelección, pero no obtuvo la unanimidad requerida. A pesar de ello, permaneció en el cargo hasta el mes de agosto de 1991, cuando finalmente presentó su renuncia a la Junta de Gobierno.

Los tiempos habían cambiado y El Colegio necesitaba ponerse a tono con los mismos; no sólo era indispensable poner al frente del mismo a un investigador de reconocido prestigio sino, además, que tuviera buenas relaciones con el gobierno local, y con los centros culturales y los círculos de poder de la ciudad de México; se trataba de darle una nueva fisonomía a la Institución, que le permitiera alcanzar su consolidación académica. Para cumplir tales propósitos, José María Muriá fue nombrado presidente de la Junta de Gobierno.

Después de concluir la obra *Historia de Jalisco*, José María Muriá desempeñó, en la ciudad de México, el cargo de Director de Archivos y Bibliotecas de la Secretaría de Relaciones Exteriores, invitado por el titular de la misma, Bernardo Sepúlveda Amor. Al concluir la gestión del presidente Miguel de la Madrid, Muriá se radicó de nuevo en Guadalajara, reintegrándose a su plaza de investigador en el INAH, y con el arribo de Raúl Padilla López a la rectoría de la Universidad de Guadalajara, fue posible su reingreso a dicha institución, en donde puso en marcha el Programa de Estudios Jaliscienses.

Sus relaciones de amistad con la familia Cosío, sobre todo con César Octavio, con Enrique Dau Flores, así como aquellas que pudo consolidar desde la Secretaría de Relaciones, le significaron un trato deferente y puertas abiertas en importantes centros de decisión. Se

puede decir, entonces, que a partir del 11 de septiembre de 1991 en que asumió su primer periodo como Presidente de la Junta de Gobierno de El Colegio de Jalisco, esta institución volvió a la vida.

Los logros alcanzados por José María Muriá en sus diez años al frente de El Colegio, sólo pueden ser enunciados de manera general. En el año de 2000, se encontraban en proceso 18 proyectos de investigación. En el área de actualización y formación académica, El Colegio ofreció la Maestría en Estudios sobre la Región y el Doctorado en Ciencias Sociales; también los diplomados en: Historia y Geografía de Jalisco; Cultura Jalisciense; Jalisco Contemporáneo, y el Programa de Estudios Aplicados en Gobierno Local y Regional. Se consolidaron relaciones académicas con el Instituto Duque de Alba, de la ciudad de Ávila, España, y se firmaron convenios de coedición con la Diputación Provincial de Ávila, los ayuntamientos de Guadalajara y Tonalá, la Universidad de Guadalajara, la Autónoma de Puebla, la Generalitat de Catalunya y la Secretaría de Cultura del Estado.

De gran importancia para la difusión de la historia y los valores culturales de las regiones de Jalisco, han sido los coloquios realizados en diferentes ciudades; estos ejercicios de reflexión y de discusión de los hechos locales, han despertado grandes expectativas entre sus habitantes, surgiendo grupos de estudio interesados en reconstruir su historia y su cultura particular. Las ponencias y textos que se presentaron en dichos foros, han sido publicados en la revista *Estudios Jaliscienses*, proyecto editorial que ya cumplió 10 años de vida “con la mirada puesta en el Occidente.” Esta es, sin duda, una de las actividades de mayor trascendencia llevada a cabo por El Colegio, porque supone el reencuentro de los habitantes de los municipios y regiones con su pasado y con su historia, con su cultura y con su identidad.

El Colegio cuenta con una de las bibliotecas más importantes del estado; en su catálogo se encuentran 70 mil volúmenes, la mayoría de los cuales pueden ser consultados por Internet; también se puede acceder, por medio de la red de consulta del INEGI, a la informa-

ción sobre los fondos de 18 instituciones de educación superior.

Gracias a la asociación civil Amigos de El Colegio de Jalisco, empresarios y particulares amantes de la cultura realizan aportaciones con las que se financian algunas de las actividades de la institución.

Se incorporaron como nuevos miembros de número de la Asamblea las siguientes instituciones: Instituto Nacional de Antropología e Historia; los ayuntamientos de Guadalajara y de Zapopan, y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

El Colegio tuvo, durante varios años, una sede itinerante. Era una institución nómada, trashumante, sujeta a los designios del poder, o las exigencias de la naturaleza. Primero estuvo en el Hospicio Cabañas, después en Avenida de las Rosas 543; pasó de ahí al ex convento de Analco, pero a consecuencia de las explosiones del mes de abril de 1992, tuvo que hacer maletas de nuevo para permitir la instalación del Patronato de Reconstrucción, ubicándose de manera provisional en el domicilio particular del doctor Muriá. Intensas negociaciones con el presidente municipal de Zapopan, Jorge Chavira, concluyeron felizmente con la adquisición de la finca propiedad de la familia Hernández Allende ubicada en la calle de Cinco de Mayo, en donde parece haber encontrado su sede definitiva.

El Colegio de Jalisco fue un proyecto impulsado por diversas personalidades, pero sin duda la firmeza de Alfonso de Alba para no darse por vencido logró, a final de cuentas, preservar la idea y las posibilidades del mismo en medio del desinterés oficial: ese fue su mayor logro. En la segunda etapa, si bien José María Muriá ha sido el gran motivador de la intensa actividad que El Colegio ha llevado a cabo durante su presidencia, no ha sido una labor solitaria, porque siempre ha tenido cerca un equipo muy profesional de investigadores y administradores que han hecho realidad las ideas y los planes de trabajo, y cuyas aportaciones al conocimiento de nuestra historia estatal han dado prestigio y reconocimiento a la Institución. Estoy seguro que todos los miembros de esa comu-

nidad académica son celosos de sus responsabilidades y de su trabajo; creo, sin embargo, que Angélica Peregrina, Jaime Olveda, Agustín Vaca, Oscar García Carmona y Juan Arturo Camacho, representan el carácter y la energía creadora que definen la personalidad de El Colegio.

La Institución ha pasado incluso la prueba de la alternancia política sin que sus funciones académicas se hayan visto afectadas por ello. Esperemos pues, que los nuevos tiempos que vive el país liberen de manera definitiva, no sólo a El Colegio sino a todas las instituciones de cultura y de educación superior, de las presiones del poder para intervenir y decidir el destino de su vida cultural y educativa en función de afinidades ideológicas o políticas.

## *En defensa de lo propio*

Eugenia Meyer  
*UNAM*

Una manera de ponderar el esfuerzo realizado por El Colegio de Jalisco en la última década consiste en describir la forma como se apostó a construir la identidad propia, lo singular y particular. Se ha tratado, sin duda, de una tenaz, persistente, casi empecinada tarea de defensa de la cultura y la historia del occidente de México, frente a los embates, primero, del centralismo educativo-cultural y, luego, del poder avasallador de las grandes instituciones que, para estar a tono con las modas y evitar ir contracorriente, se lanzan a la globalización.

Pausada, aunque no sigilosamente, en las tareas para erigir y consolidar este espléndido ejemplo de centro de enseñanza e investigación, concurrió el esfuerzo de mucha gente entusiasta que no reparó en costos personales, en limitaciones colectivas y mucho menos en la pérdida de oportunidades de trabajo por demás atractivas, y que, incluso, hizo oídos sordos a los cantos de sirenas diversas.

Lo que se pretendía desde un principio era liberarse del manto, en apariencia protector, del colonialismo centralista, para tejer, en cambio, un apretado cobijo con los valores locales de la cultura, la identidad y las pertenencias propias.

Había que desarrollar un establecimiento netamente jalisciense, capaz de formar científicos sociales que no necesitaran recurrir a los institutos burocrático-federales, generalmente radicados en la ciudad de México, para recibir carta de certificación o de autenticidad. Había que buscar una independencia real, propicia para

mirar hacia adelante en el camino peculiar de la originalidad, de la invención y las creatividades propias. Había que rescatar las fuentes, los libros, las palabras y, quizá también, las querencias de los hombres de la que antiguamente fue la Nueva Galicia, con el fin de generar un *corpus* útil para investigaciones profundas y sólidas de ese rico pasado. Se plantea entonces, como necesidad esencial de este propósito multidisciplinario y claramente plural, la creación de un centro bibliotecario y hemerográfico moderno y funcional, pues no podía pensarse siquiera en emprender tareas de investigación y docencia sin la materia prima, el motor que pusiera en marcha los trabajos.

La Biblioteca "Miguel W. Mathes" es, sin duda alguna, ejemplar en su género, tanto por su acervo como por su funcionamiento. Organizada conforme a las más estrictas normas de la bibliotecología contemporánea, ofrece servicios a usuarios locales, nacionales e internacionales. La clasificación y la catalogación automatizadas en red brindan cómodamente acceso al contenido de repositorios que suman, junto con los materiales donados por el historiador estadounidense Mathes, ya más de 30 mil títulos, distribuidos en aproximadamente 70 mil volúmenes. Con ayuda de la moderna cibernética, esta biblioteca permite a interesados y estudiosos ponerse en contacto con un buen número de instituciones educativas del occidente mexicano.

Desde 1991 arrancó el ambicioso programa docente de que El Colegio de Jalisco, a la fecha, ha rendido cuentas altamente positivas: dos promociones de maestría en Estudios sobre la Región, con un total de 24 egresados que de inmediato empezaron a elaborar sus tesis, y de los cuales cinco ya se han titulado, según se señala en la colección "Grados", que edita los trabajos más notables de los alumnos.

De cara al futuro, en 1999 El Colegio decidió abrir un doctorado en Ciencias Sociales, de acuerdo con un programa diseñado a partir de requerimientos y demandas específicas de la región.

Luego, reunidos ya el espacio, los estudiantes y los profesores, así como los ingredientes necesarios para ellos, se acometió la tarea propiamente investigativa, tendente a elaborar múltiples frutos del conocimiento y reconocimiento, de la deconstrucción de una historia local-regional facturada con mirada nacional, para empezar a formular, desde el principio y desde muy abajo, con recursos y sentimientos propios, las múltiples historias de Jalisco.

En lo general y en lo particular, se trató por igual de ir colocando los andamios capaces de sostener y hacer perdurar las pequeñas historias de los actores que conforman este inmenso y trascendente grupo social: los jaliscienses.

Así surge como bandera y como propósito la defensa de la historia regional, en sus varias acepciones. Por ello mismo, a veces, la historia de Jalisco se entrelaza con la de Colima y la de Nayarit, y de alguna manera también con la de Aguascalientes, Guanajuato y Michoacán, porque finalmente las regiones van más allá de las demarcaciones políticas. Hay ahí raíces comunes que poco saben de límites impuestos por intereses oscuros y razones diversas, para obligarlos a separarse o diferenciarse al antojo de posiciones ideológicas ajenas a lo propio.

El Colegio de Jalisco ha llevado a cabo muy diversas actividades en varios lugares. Desde el apartado y pequeño terruño hasta la gran ciudad capital, buen número de poblaciones han recibido igual atención y cuidado de ese instituto que realiza cotidianamente un sinfín de labores de extensión académica, como charlas, conferencias, mesas redondas, cursos y encuentros internacionales, para atender por igual a alumnos de estudios superiores y a un público fiel, cada vez más asiduo y más sediento de saber.

Aunque no de manera abierta, lo que El Colegio de Jalisco ha querido decir es que no le vengan de la capital toda suerte de fuereños a contarle cómo es la gente de esta región. Que los propios protagonistas de la historia jalisciense deben ser quienes escudriñen, encuentren

pertenencias e identidades, y las fortalezcan. Por eso se fundó *El Despertador Regional*, que ya casi llega al número 60. Quienes lo recibimos con toda puntualidad nos sorprendemos de la pluralidad de objetivos e intereses a que satisfactoriamente obedece.

Como corresponde a toda institución académica, El Colegio de Jalisco ha logrado consolidar una firme política editorial, que abre espacios a jóvenes autores, al tiempo que atiende la producción de los maduros. Como se dice en la jerga académica, los resultados hablan. Adornos y discursos apoloéticos sobran, pues lo que está en blanco y negro da cuenta de lo alcanzado: menos palabras y más publicaciones. La cosecha es inmensa y sorprendentemente alentadora.

En 1991, El Colegio dio a conocer una primera publicación mensual suya, los "Cuadernos de Estudios Jaliscienses", que se convirtió en múltiple órgano de divulgación de trabajos diversos sobre temas tan contrastantes como *La derecha jalisciense en el periodo de la consolidación del Estado mexicano (1929-1940)*, de Patricia Valles; *Del México grande al México pequeño: las regiones medias*, de Ángel Bassols Batalla, y *La prensa diaria de Guadalajara: desarrollo y perspectivas*, de Enrique E. Sánchez Ruiz, así como *Tres mariachis jaliscienses olvidados en su tierra*, de Jesús Jáuregui.

En agosto de 1990, en el marco del entonces Programa de Estudios Jaliscienses, vio la luz el primer número de la revista *Estudios Jaliscienses*, a manera de tribuna abierta de las reuniones académicas de alto nivel celebradas en diversas localidades del occidente de México. Al hacerse cargo de la Presidencia de El Colegio de Jalisco, José María Muriá incorporó esta revista a las publicaciones periódicas de esa institución en febrero de 1992. Desde su origen, ha constituido un espacio muy significativo que reconoce el trabajo de investigación original sobre temas muy variados del área, como las transformaciones y la acumulación industrial en la región, los procesos de modernización del campesinado, la emigración hacia los Estados Unidos, los repartos agrarios, las características de la cultura alteña, las lite-

raturas, las identidades, los rituales étnicos, la pesca, la organización productiva y las políticas gubernamentales en zonas indígenas como la huichol, etcétera.

Esta publicación nos permite también sondear las nuevas investigaciones y las noveles inventivas, siempre respecto a Jalisco. Un día nos enteramos de lo que se come en el norte del estado; otro, de los viajeros que han deambulado por la zona, y uno más de las particularidades de Zapopan o de Los Altos. En el número 40, nos sorprenden los editores con una serie de planteamientos formales sobre la investigación social: Andrés Fábregas habla de la antropología y Jaime Olveda del tránsito del positivismo a la nueva historia, Cristina Gutiérrez Zúñiga y Rogelio Marcial dan cuenta del estatus que guarda la sociología en Guadalajara y Agustín Vaca argumenta sobre la fuerza de la historia oral. Se trata de una multiplicidad de posibilidades con un hilo conductor: el afán de ensanchar el conocimiento, siempre renovado, de la tierra propia: Jalisco.

Una amplia gama de colecciones editoriales de El Colegio dan cabida a otros asuntos. Había que hacer espacio, en el ámbito de las publicaciones, a las “Semblanzas” de quienes han contribuido en forma significativa al desarrollo académico nacional, como Marcelo Santaló y Ángel Palerm. De igual modo, a la tarea de rescate y recuperación de documentos inéditos de importancia para la historia, había que asignarle sus propios medios difusores. Se conformaron así las “Descripciones Jaliscienses”, que nos permiten conocer temas diversos y que por lo general se editan con una introducción pertinente y notas preparadas por especialistas para que el contenido se comprenda mejor: desde una *Visita pastoral del obispo fray Antonio Alcalde a la diócesis de Guadalajara, 1775-1776*, pasando por *El milagro más visible o el milagro de los milagros más patentes*, referente a la descripción que Sigismundo Taraval hace, a mediados del siglo XVIII, de la cruz de Tepique como objeto de culto en la Nueva Galicia, hasta la *Descripción geográfica de Zapotlán el Grande, 1778*, redactada por Bernardino Antonio Lepe, junto con la *Descripción*

*topográfica de la provincia de Sayula, 1791*, de Francisco Hernández Lomelí.

De igual forma, se logró vindicar textos perdidos o poco conocidos, como el de Joseph Matías de Vergara, *Descripción de la jurisdicción de Nuestra Señora de las Nieves*, de 1777; el *Informe acerca de la habilitación del puerto de Peñitas para el comercio de altura y cabotaje*, escrito por Daniel E. Acosta e Irineo Quintero en 1885, y la *Breve relación del Nuevo Reino de Galicia y provincia de la Nueva Vizcaya*, de don Alonso de la Mota y Escobar. Además, se logró la paleografía del texto de Francisco de Sandoval Acacictli, *Conquista y pacificación de los indios chichimecas*, y el de *La Provincia de Ávalos y las alcaldías mayores de Autlán, Amula y la Purificación*, fechados en 1743.

Con audacia y enérgica vocación divulgadora, El Colegio ha dado a la imprenta los “Ensayos Jaliscienses”, colección que pretende agrupar textos de ordinario breves, pero siempre producto de investigaciones originales. Así como un volumen de la serie nos explica los orígenes de los caxcanes y su actitud durante la guerra de los nayaritas, otro nos presenta a los pescadores del Rosita en Puerto Vallarta, y uno más nos relata el encuentro de los insurgentes Javier Mina y Servando Teresa de Mier. Por otro lado, esta colección recupera visiones de viajeros del siglo XVII o bien hace referencia al paso de los franceses por tierras jaliscienses y zacatecanas, como Teocaltiche y Nochistlán. Desde 1997, esta serie se despojó del gentilicio y aparece simplemente como “Ensayos”, para inscribirse en una perspectiva y un universo más amplios. Así, El Colegio de Jalisco ha contribuido al conocimiento de procesos tan disímolos como el exilio catalán en México o el desarrollo económico del norte de Jalisco.

La colección “Media Carta” ha difundido estudios de gran calidad, formales y originales, debidos a especialistas interesados en la región. Sin olvidar el desarrollo económico del estado en sus múltiples facetas, nos enteramos de asuntos tan diversos como la creación de la Escuela Normal de Jalisco o la fundación de San Blas,

que fue puerto medular del Pacífico en la época colonial. Aprendimos de la *Mono-grafía histórica del estado de Jalisco*, de Pancho Madrigal; gracias al esfuerzo de Jaime Olveda, pudimos acercarnos a la historia de Puerto Vallarta; nos informamos del modo en que viven los hombres del mar en esta parte del país, y apreciamos las características de la cultura y la religión en el sur de Jalisco. Nos adentramos en las peculiaridades de los procesos regionales de la entidad y también participamos en la novedosa aventura de recuperar la historiografía del noroccidente de México, con el fin de conocer más sobre Guadalajara, Colima, Tepic, Aguascalientes, Durango, Culiacán, Hermosillo, Mexicali y Tijuana. Más aún: ahora sabemos la forma y las proporciones en que se multiplicaron los tapatíos en el primer siglo de vida independiente, de 1821 a 1921, al igual que nos enteramos de la historia de la infancia abandonada en la ciudad de Guadalajara por casi dos centurias.

Tema sustantivo en el desarrollo de El Colegio de Jalisco es el interés que ha mostrado por la vida cotidiana de pueblos y comunidades, de barrios y ciudades. Por ello generó proyectos de historia oral que permitieran rescatar la experiencia directa de los protagonistas de las varias historias. Así apareció la colección “Testimonio”, en la que cristalizó una visión más fresca y espontánea, y desde luego menos elaborada, del quehacer propiamente histórico. Saber lo que cuentan doña Rafaela González Chávez y don Vicente Romo Barajas de su vida en Zapopan, así como lo que Carlos Munguía Fregoso recuerda y transmite de sus experiencias varias en su Puerto Vallarta permite al historiador aproximarse a los actores sociales de épocas y circunstancias distintas, de manera tal que el trabajo propiamente histórico asume proporciones y compromisos diversos.

No menos importante es la llamada “Colección Científica”, relativa al trabajo altamente calificado de los académicos de El Colegio y de otras instituciones, que constituye verdaderas aportaciones al conocimiento regional. Al estudiar la geografía, la educación, el comercio, la economía y el crecimiento urbano de ciu-

dades específicas de Jalisco, el poder de la vida cotidiana entre los trabajadores tomateros, el comportamiento de los grupos juveniles y el surgimiento de las identidades culturales en el entorno urbano de la sociedad moderna, así como los catalanes de México, la serie ha ampliado el espectro de intereses de los lectores.

Como es lógico suponer, las circunstancias obligan en ocasiones a editar trabajos que difícilmente encajan en colecciones como las arriba descritas: por ello se creó el rubro de "Publicaciones Especiales", que permite recuperar asuntos regionales de interés general. Así, José María Muriá y Jaime Olveda compilaron en cinco volúmenes el utilísimo recurso didáctico titulado *Lecturas históricas de Guadalajara*, en tanto que el propio Presidente de El Colegio de Jalisco y Angélica Peregrina recuperaron las narrativas de los *Viajeros anglosajones por Jalisco, siglo XIX*, con objeto de darnos a conocer las impresiones, muy diversas por cierto, de paseantes y exploradores anglófonos. Tiempo después, ya encarrilada, Angélica Peregrina nos ofreció *Chapala vista por viajeros*.

Brigitte Böehm de Lameiras nos permitió degustar su *Comer y vivir en Guadalajara*, divertimento histórico-culinario que ofreció a la autora la oportunidad de hablar de las múltiples migraciones y las culturas familiares asentadas en territorio tapatlío que generaron formas de vida y cotidianidades diversas unidas ahora en un universo multicultural.

Así también, en el camino del rescate, aparecieron el *Romancero* de Pancho Madrigal y una nueva edición de *Yahualica*, de Agustín Yáñez. En este último, el autor describe las costumbres y la forma de ser de los habitantes de ese pueblo del nororiente jalisciense.

Como un merecido reconocimiento a quien tanto ha hecho por recuperar las historias de los terruños y fomentar la microhistoria, don Luis González, en la misma colección, bajo el título de *Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre*, se publicaron los trabajos del homenaje que se le rindió en la propia sede zapopana.

Como toda historia de familia, la de El Colegio de Jalisco, desde su fundación en 1982, ha tenido que buscar acogida en diversas instalaciones, hasta albergarse definitivamente en su actual *campus* de Zapopan. El tránsito por las diferentes casonas en que se alojó en la ciudad de Guadalajara, los avatares naturales y la explosión que sacudió a la capital tapatía en abril de 1992, que lo obligó a ceder su espacio a un centro de atención a damnificados, dan cuenta de cómo la institución se ha insertado en la vida de los jaliscienses, con quienes ha contraído un permanente vínculo.

Su planta de investigadores nada tiene que ver con intelectuales aislados o alejados de la realidad de su tiempo, pues compromiso y acción definen el quehacer diario de esta comunidad que, día con día continúa construyendo un futuro colectivo. Hoy, al paso del tiempo, no debemos soslayar el hecho de que el camino estuvo plagado de obstáculos y limitantes, que al recorrerlo fue preciso escuchar discursos adversos y enfrentar intereses mezquinos. Una a una las barreras se superaron, con tal de marchar hacia adelante en el objetivo original que El Colegio se propuso.

Las acciones, las pasiones y las experiencias pasadas; los sueños y hasta las locuras de José María Muriá y sus cómplices no me son ajenos. Todos ellos, con generosidad y hospitalidad permanentes, me han permitido, unas veces a la distancia y otras en forma más próxima, acompañarlos en su empeño inalterable.

Con acciones pequeñas y grandes, incesantes e incansables, y con la amalgama de las inteligencias y las querencias, se ha podido edificar y consolidar El Colegio de Jalisco. Muchos episodios escenificados y recuerdos cobijados bajo los adustos árboles del jardín de la casa de Zapopan son testimonios de una convicción permanente, compartida por todos: resistir embates, desechar propuestas extrañas o bien ambiciones personales o de grupos políticos, que desdeñan la importancia de consolidar una entidad digna y singular, convertida en bastión que defiende lo propio.

## *Diez productivos años*

Jorge Alonso  
*CIESAS Occidente*

La revista *Estudios Jaliscienses*, con su número 40, cumplió diez años de estar difundiendo investigaciones sobre Jalisco. Teniendo en cuenta la influencia histórica jalisciense, también ha incursionado en estudios sobre otros cinco estados: Nayarit, Colima, Aguascalientes, Zacatecas y Sinaloa.

Hasta ese número, la revista ha albergado a 189 autores a través de 217 escritos. Estos autores proceden de 44 instituciones. Cinco de éstas son internacionales, once nacionales, siete corresponden a universidades estatales, ocho son instituciones jaliscienses y trece corresponden a ámbitos regionales diversos a Jalisco. Pusieron sólo su nombre, sin acompañarlo de alguna adscripción, 18 autores. La mayoría de ellos son estudiosos municipales. Otro aclaró que era cronista de Ciudad Guzmán, y uno más que lo era de Etzatlán. Hay autores de la Universidad de San Francisco, de la estatal de Nueva York, de la de Granada, de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la Autónoma Metropolitana, de la Pedagógica Nacional, y también de las universidades Iberoamericana, de las Américas, de Guadalajara, de Colima, de Guanajuato, de la Autónoma de Zacatecas, de la Autónoma de Nayarit, y de la Autónoma de San Luis Potosí. Están presentes investigadores de El Colegio de México, del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), y de El Colegio de Michoacán. Hicieron presencia en la revista escritores de la Secretaría de Educación de Colima, del Archivo Histórico del muni-

cipio de Colima, de las Secretarías de Cultura de ese estado y de Jalisco, del Instituto Cultural Cabañas, de la Sociedad de Geografía y Estadística del estado de Jalisco y del Instituto Cultural de Aguascalientes y del Archivo Histórico de esa entidad. También escribieron funcionarios del Instituto Nacional Indigenista, de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, de la United Nations Children's Fund (UNICEF), del Consejo de Recursos Minerales, del Instituto del Tequila, de la Casa Huichol de Guadalajara, y del Centro Regional de Integración Pesquera (CRIP) tanto de Colima como de Manzanillo.

Más de la cuarta parte de los artículos fue escrita por investigadores de la Universidad de Guadalajara, una quinta parte procedió de investigadores de El Colegio de Jalisco, una décima parte vino de El Colegio de Michoacán, 7.4% corresponde a académicos del CIESAS, y 4.2% a investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). En esta forma, dos terceras partes de los artículos se concentran en académicos de estas cinco instituciones. Destaca la gran apertura, la vocación regional, y el alcance de la discusión propuesta por la revista en términos nacionales e internacionales.

Se ha tratado de un esfuerzo perseverante, responsable, de calidad y que a lo largo de tantos años ha aparecido puntualmente. En octubre de 1989 el INAH, la Universidad de Guadalajara y el gobierno del Estado de Jalisco, a través de un convenio, propiciaron el nacimiento del Programa de Estudios Jaliscienses. Éste desarrolló investigaciones y publicaciones. Una de éstas fue la revista. El programa estaba previsto para tres años.

El primer número vio la luz en agosto de 1990. Inicialmente se había planteado una periodicidad cuatrimestral, pero desde su primer año fue trimestral. Por eso en mayo de 2000 llegó a su número 40. La mayor parte de las revistas trimestrales aparecen en enero, abril, julio y octubre. *Estudios Jaliscienses* lleva su propio ritmo y sale en febrero, mayo, agosto y noviembre. A finales de 1991 se incorporó la revista a las tareas de El Colegio de Jalisco. El primer número que aparece bajo la responsabilidad de El Colegio es el número 7 correspondiente a febrero de 1992.

Su formato ha sido muy original, con las notas al margen y no al pie. En noviembre de 1994, en el número 18, cada artículo tiene al final un resumen. Estos resúmenes a partir de ese número ya no aparecieron junto con cada artículo sino en el anuncio de los números subsiguientes. Esta es otra de sus novedades. Considero que es de gran utilidad conocer con anterioridad la temática que se tratará. La revista ha sido muy rigurosa en mantener en cada número la noticia precisa de los artículos que vendrán en la siguiente entrega. Desde el número 19 aparecen tintas, grabados, y óleos de artistas. Hay que felicitar por la originalidad, cuidado académico, de impresión a José María Muriá, Jaime Olveda, Agustín Vaca, Angélica Peregrina y Patricia Arellano.

Destaca la mirada regional. La revista ha tratado la zona conurbada de Guadalajara, la zona centro de Jalisco, la ciénega de Chapala, Los Altos, el sur, el sureste, el valle de Autlán, la zona huichola, la bahía de Banderas y la costa. Ha ofrecido también una visión penetrante de Guadalajara, Zapopan, Tonalá, Tlaquepaque, Acatic, Arandas, Tepatitlán, Lagos, San Juan de los Lagos, Unión de San Antonio, La Barca, Ocotlán, Zapotlán el Grande, Tamazula, Mazamitla, Tecolotlán, Talpa, San Sebastián, Mascota, Puerto Vallarta, El Grullo, Etzatlán, Autlán, Ejutla, Magdalena, Mezquitic y Colotlán. También se han hecho indagaciones acerca de asentamientos irregulares como El Colli o de barrios añosos como Analco. La revista ha sido el fruto de varios coloquios realizados por todos los rincones del estado de Jalisco. Se propuso, y lo ha logrado, incrementar el conocimiento de las diferentes regiones jaliscienses.

La revista ha combinado lo sincrónico con lo diacrónico. Ha habido un énfasis histórico. La región ha sido analizada desde la época prehispánica, pasando por la conquista, la colonia, la independencia, la reforma, el porfiriato, la revolución, el agrarismo, la cristiada y lo que siguió del siglo XX. Se ha revisado la rebelión de El Miztón, se ha profundizado en lo que fue la intendencia de Guadalajara y la Nueva Galicia, y se ha reconstruido la historia del comercio. Se rastrearon los problemas de

límites entre entidades que han existido en la región hasta nuestros días. Se ha visto lo que sucedió con importantes haciendas. Se hizo una evaluación de la reforma agraria. Se han hecho historias y microhistorias. Se ha realizado una autorreflexión tratando a sus mismos historiadores. Y se han entablado discusiones metodológicas como el valor de los testimonios orales como producto de conocimiento histórico.

La óptica del desarrollo regional ha estado presente. Se ha dado cuenta de las diversas tramas que han ido adoptando economía y sociedad en Jalisco. Se ha relacionado la organización productiva con las políticas gubernamentales. Se han hecho profundizaciones de las transformaciones regionales y del desarrollo. No han dejado de discutirse las dinámicas de la modernización. Hay estudios de las diversas formas de tenencia de la tierra, de producción agrícola, de ganadería y del uso del suelo. La problemática del trabajo no ha estado ausente. Se ha estudiado la industrialización. La producción del maguey y la industria tequilera han sido abordadas. Se han estudiado tanto la pesca ribereña como la costeña. Se han visto las propuestas de mejoramiento de la producción pesquera. La minería y los recursos forestales han sido analizados. Se han hecho acercamientos a la problemática del turismo. La artesanía ha ocupado un lugar importante. Cuestiones del contrabando y del bandolerismo han sido tratadas. Las crisis económicas no han sido olvidadas. Se ha llegado a tocar hasta la crisis financiera en la era de la información y el estancamiento de las microeconomías. Ha habido acercamientos críticos a la exclusión social y al trabajo infantil.

La revista ha ofrecido elementos para entender las evoluciones demográficas. Hay importantes estudios sobre migración. Las relaciones ciudad-campo han recibido tratamientos novedosos, y en ese contexto se ha estudiado el desarrollo de las regiones, de los municipios y de los pueblos. Se han visto también los procesos de urbanización. Desde una perspectiva ecológica se ha llamado la atención hacia la sobreexplotación y destrucción de recursos naturales. Hospitales, escuelas,

vecindades, asentamientos irregulares han sido abordados. Se han hecho estudios sobre la educación y la medicina. Existen importantes descripciones geográficas en varios artículos.

La política ha recibido una atención especial. Se ha indagado sobre los orígenes del Estado nacional en México, la difícil relación entre las regiones y el centro, entre la capital del estado y los municipios, y se ha examinado la propuesta federalista desde Jalisco. Se han visto las relaciones de autoridad y de legitimación social. Se han develado el poder regional, la formación y cambios en las oligarquías, y los poderes locales. Se han presentado las diversas divisiones políticas que han experimentado históricamente algunas regiones. Se han analizado las relaciones entre partidos y ciudadanos. Hay incursiones en el discurso oficial. Se han realizado balances electorales en el contexto de la alternancia. Se han estudiado alternancias municipales. Se han presentado diversas geografías electorales. Hay incursiones en las nuevas formas de organización civil y en la formación de movimientos cívicos. Existen también acercamientos jurídicos, y se ha abordado el tema de la seguridad ciudadana.

La problemática de la construcción de identidades es recurrente. Se ha visto que hay tradiciones productoras de identidad. La cultura regional y local ha recibido un tratamiento desde diversos ángulos. Hay estudios sobre los huicholes. Se han analizado grupos infantiles y juveniles. Se ha estudiado la vida cotidiana en la calle. Hay profundizaciones acerca de la vida ranchera y los procesos de modernización, de las tradiciones alimenticias en los pueblos serranos. Existen análisis sobre los carnavales.

Hay una sociología y una antropología de la religión. Se han analizado mitos y magias. Hay estudios sobre la iglesia católica, sus obispos, la acción católica, devociones, peregrinaciones, fiestas religiosas, imágenes sagradas, las representaciones religiosas entre los migrantes, protestantes, judíos y nuevos movimientos religiosos.

Los estudios de género han ido ganando terreno. Se han visto los roles del género, viajeras y viajeros, el papel de las mujeres en la cristiada, la importancia de las mujeres en los talleres artesanales de Tonalá, mujeres y proyecto de desarrollo en el campo y la interacción entre grupos de mujeres.

La revista se distingue por sus aportes en los estudios de etnomusicología. Se estudian los sones arribeños, los abajeños, los jarabes, los mariachis, los sones del sur, el jarabe ranchero... Se han hecho ver las posibilidades tonales de la flauta de carrizo y los patrones rítmicos del tambor redondo en el zapateado.

La vida cultural jalisciense y tapatía han sido tratadas también históricamente. Hay análisis de diferentes artistas y tendencias, de la literatura y en particular de la novela. Se hicieron análisis de cartas. Se han estudiado importantes estilos arquitectónicos. También se abordó el arte tipográfico, imprentas e impresores. Hay interesantes semblanzas de personajes locales.

Finalmente, hay estudios sobre rescates arqueológicos. Se ha hecho un balance de las corrientes historiográficas vigentes y su influencia en las historias regionales de Jalisco. Se han presentado las tendencias de la sociología, de su formación profesional y de sus prácticas. Se han hecho revisiones de los principales trabajos antropológicos de Los Altos y la situación de la investigación y de la enseñanza de la antropología social en Jalisco.

Cuando la revista llegó al número 20 se publicó un índice bien estructurado que permite buscar no sólo autores y temas, sino nombres y problemas. Fue una ardua pero productiva labor. El índice correspondiente a los cuarenta números también se encuentra al alcance del público. Los autores, su procedencia, y la temática recorrida por los escritos de la revista ofrecen un panorama de pluralidad, profundidad y profesionalismo que han permitido hacer avanzar el conocimiento científico en la región. Además de un merecido reconocimiento, queda alentar este esfuerzo para seguir estando orgullosos de sus aportes en las ciencias sociales.

## *Diez años en la vida de Jalisco*

José Luis Cuellar  
*El Colegio de Jalisco*

Con el número 40 de *Estudios Jaliscienses*, esta revista cumplió diez años de aparecer puntual y sistemáticamente cada trimestre, y con ella, El Colegio de Jalisco completa también el ciclo de una década en su vida. Revista y Colegio se encuentran así tan entrañablemente unidos, que nos ha sugerido hacer un breve recuento, así sea provisional, de algunas de las actividades, programas, quehaceres y acontecimientos de la institución.

### **El periodo de 1982 a 1991**

El Colegio de Jalisco se constituyó en establecimiento de investigación y enseñanza superior el 9 de noviembre de 1982, como una asociación civil en la que participaron en calidad de asociados numerarios el Gobierno de Jalisco, El Colegio de México, El Colegio de Michoacán y la Universidad de Guadalajara.

Luego de una breve estancia en algunos espacios del Hospicio Cabañas, en el número 71 de la calle Ignacio Allende, la institución presidida por Alfonso de Alba Martín emigró a la colonia Chapalita, sobre la avenida de las Rosas 543, antigua residencia de José Arreola Adame, hasta que el Gobierno del Estado otorgó a El Colegio el comodato del inmueble denominado "Patio de Los Angeles", localizado en la calle Cuitláhuac número 303, aunque se entraba por Cuauhtémoc 250, de Guadalajara. La sede de Analco, ocupada desde el 6 de

octubre de 1988, marcaría también definitivamente la vida y la memoria de El Colegio.

La vida de la institución durante estos años ha quedado consignada en los informes de actividades presentados por don Alfonso, en los que constan los enormes esfuerzos de investigación, docencia, editoriales, difusión y divulgación realizados por aquél equipo del que formaron parte destacada Guillermo de la Peña, Agustín Escobar, Mercedes González de la Rocha, Carlos Alba Vega, Carmen Castañeda, Sergio Alcántara Ferrer, Luisa Gabayct, Gerardo Cornejo, Daniel Vázquez, Rafael Alarcón, Macrina Cárdenas, Enrique Sánchez Ruiz y Águeda Jiménez Pelayo. Ya habrá de hacerse la crónica que bien merecen aquellos esfuerzos germinales que cimentaron El Colegio.

### **La primera reforma institucional: 1991**

Del “Informe de Actividades 1983-1991” de El Colegio de Jalisco, A.C. tomo aquí nada más unos párrafos que ilustran bien el recuerdo de aquel Colegio de San Sebastián de Analco en el que platicué con don Alfonso, respecto al propósito del proyecto que animó su construcción:

Su propósito fue conservar y rehabilitar el ‘Patio de Los Angeles’, constituido por ocho arcos y otras tantas columnas en piedra labradas exhaustivamente, que se han conservado en su estado original habiendo hecho la recimentación total de cada una de ellas. Al patio se le restituyó su nivel original, anteriormente alterado. Igualmente se consolidó la portada que ve al norte en el claustro.

El claustro, como espacio formal característico, se conservó dando énfasis a la fachada que en él se encuentra. Se restituyeron los arcos (ocho), que forman los cuatro rincones de claustro, en piedra, con sus respectivos capiteles ménsulas. Sobre el segundo nivel se construyó un techo de gran claro, de 16 por 16 metros aproximadamente, formado por 12 bóvedas de ladrillo y un lucernario central, que a manera de un gran capelo, cubre el ‘Patio de Los Angeles’.

El nivel que constituye el techo del claustro, se utilizará como lugar de encuentro del área académica, y como zona de trabajo de transcripción de trabajos académicos.

Algunos meses después de la instalación de El Colegio en la nueva sede, lo visité por instrucciones del gobernador Guillermo Cosío Vidaurri para conversar con su Presidente y su Secretario y conocer sus programas, proyectos y necesidades. El gobernador Cosío Vidaurri tuvo siempre la idea clara de hacer de esta institución un espacio nuevo para la investigación superior en Jalisco y para desarrollar con ella el interés de la academia en los temas del desarrollo regional.

En aquellos primeros meses del 89, sin embargo, el edificio de Analco lucía ya poco animado, mal equipado, sin acervos importantes en la pequeña biblioteca y con una plantilla de investigación mermada. Alfonso de Alba Martín y Carlos Alba Vega apoyaron siempre, en aquellos momentos, los trabajos necesarios para la reforma y el relanzamiento de la institución, a la que tanto sirvieron, a una nueva etapa de su vida. Nunca imaginamos que sería tan difícil y accidentado.

Iniciamos entonces el estudio del estatuto legal y del Reglamento General de El Colegio de Jalisco, para encontrar las alternativas a su desarrollo y las mejores fórmulas para su funcionamiento. Había que definirle una vocación, darle un sitio entre las instituciones de educación superior e investigación que ya actuaban en la entidad y hacer las reformas necesarias para enriquecer sus relaciones institucionales y sumar nuevas voluntades a su proyecto.

Alguna mañana de los primeros días de 1990, hablé por teléfono por primera vez con José María Muriá. Recuerdo tan bien como aquél día la risa, el humor y la voz que ahora me resultan familiares: “el pobre de mi padre -fue su carta de presentación por el auricular-, no tiene la culpa de llamarse igual que yo”. En efecto, yo le había buscado por el directorio telefónico, y pasé entonces por la amable orientación de su señor padre antes de poder hablar con él.

El doctor Muriá Rouret había aceptado ya la invitación del gobernador Cosío para asumir la Presidencia de El Colegio como propuesta del gobierno del estado ante la Asamblea de Asociados Numerarios. El 11 de

septiembre de 1991, el Instituto Nacional de Antropología e Historia es admitido al Consejo y José María Muriá fue designado Presidente.

### **El antecedente inmediato: el Programa de Estudios Jaliscienses**

José María Muriá había vuelto a Guadalajara en 1989 para hacerse cargo del Programa de Estudios Jaliscienses, patrocinado por la Secretaría de Educación y Cultura del Estado, la Universidad de Guadalajara y el INAH, en concreto el Gobierno Federal, "con el ánimo de aprovechar recursos dispersos y encauzarlos a la tarea de estudiar a Jaliscos y difundir lo que de él se sabe, principalmente entre los propios jaliscienses".

Del Programa nació esta revista, *Estudios Jaliscienses*, de modo que para noviembre del 91 se habían publicado ya seis números trimestrales y el séptimo habría de ver la luz en febrero de 1992, bajo el sello ya de El Colegio de Jalisco domiciliado en Analco.

A esta nueva etapa de El Colegio se sumaron, en su primera época, Águeda Jiménez Pelayo, Oscar García Carmona, la maestra Angélica Peregrina y Jaime Olveda.

Al tomar posesión como presidente de El Colegio, el doctor Muriá dijo algunas cuantas cosas que han orientado fielmente el quehacer institucional:

El Colegio de Jalisco debe ver el mundo desde Jalisco, pero su naturaleza regional no debe significar que nos preocupemos tan sólo por lo acaecido dentro de los límites del estado.

Debe interesarnos y ser motivo de estudio, también todo aquello que, aun desde lejos, de una manera directa o indirecta, haya trascendido hasta nuestras vidas.

El Colegio de Jalisco debe servir a la comunidad jalisciense y a todo el occidente mexicano, ofreciendo buenos estudios de posgrado que den lugar a egresados de la misma calidad.

Habló también de la idea de mantener los coloquios regionales que se venían realizando (ocho hasta entonces), de promover la enseñanza de la historia de Jalisco hasta el nivel preparatoria, de ayudar a esclarecer las si-

tuaciones limítrofes de Jalisco con Colima y Nayarit, y en fin, del propósito de mantener la publicación regular de la revista *Estudios Jaliscienses*. Ha cumplido con creces aquellos compromisos, contra viento y marea.

### **El Colegio y el 22 de abril: *annus horribilis***

Siete meses después de haberse mudado desde las oficinas de la calle Azpeitia que ocupó el Programa a las de Analco, el 22 de abril de 1992 una gran tragedia explotó en aquel barrio entrañable de Guadalajara. Durante las primeras semanas posteriores a aquella contingencia ambiental, la zona estaba hundida en el dolor, la confusión, el miedo y el esfuerzo de la gente y del gobierno por restablecer una mínima normalidad. Fue así que el mismo mes de mayo, El Colegio debió de abandonar la sede de El Patio de Los Angeles para que se albergaran ahí las oficinas del Patronato de Reconstrucción y Atención a Damnificados.

Algunos días la casa del doctor Muriá, en la calle de Brasilia, fue la sede de un Colegio en búsqueda de un nuevo asentamiento. El 28 de mayo de 1992, se dio la mudanza hasta la sede actual en lo que fue la Casa Museo de Zapopan, gracias a la comprensión y solidaridad de este Ayuntamiento.

En medio de la tragedia, en plena reordenación presupuestal, en circunstancias de emergencia, pese a las presiones y la crisis gubernamental, el gobernador Cosío Vidaurri alcanzó a cumplir con su compromiso de apoyar a El Colegio, multiplicando por cuatro su presupuesto anual. Con este aliento y un oficio a prueba de todas las adversidades, el equipo comandado por José María Muriá, al que se sumaron Agustín Vaca (venido de Francia), Elías Mizrachi, Germán Posadas, Roberto Rodríguez y Ricardo Fletes alcanzaron a organizar la maestría en Estudios sobre la Región.

El 31 de agosto de 1992, al rendir su primer informe, Muriá da cuenta de la inauguración del curso propedéu-

tico de la primera promoción ese mismo día. Fueron aceptados quince alumnos, de los que hasta ahora se han titulado cinco: Ana María de la O Castellanos Pinzón, con la tesis *Memorias e identidades de un pueblo de conocidos: la villa de Zapopan*; Beatriz Nuñez Miranda, con *Guadalajara: de provincia a megaciudad*. Un estudio histórico-social del siglo XX; Jorge Ceja Martínez, con *Haciendo política: el vínculo local-regional en el caso del PRONASOL*; Manuel Zúñiga Rodríguez, con *Los consejos escolares: una aproximación al estudio de la participación social* e Hirinco Martínez Barragán, con *De la lucha por la tierra a las carteras vencidas: el proceso agrario en Autlán- El Grullo, 1923-1995*.

### Después de la tempestad, viene la tormenta

Un segundo ciclo en esta etapa de la vida de El Colegio, ciertamente más estable y fructífera, se inició justo en agosto de 1992.

Desde entonces se han incorporado a la Asamblea de Asociados el Ayuntamiento de Guadalajara, el Ayuntamiento de Zapopan, el 15 de diciembre de 1994, y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACYT, el 11 de marzo de 1996.

En estos ocho años el catálogo de publicaciones de El Colegio rebasa los 200 títulos, entre las colecciones de "Ensayos Jaliscienses", "Ensayos", "Media Carta", "Científica", "Testimonios", "Especiales", "Semblanzas", "Grados", "Cuadernos de Trabajo", "De Artes y de Letras" y "Ann Mathes", más las publicaciones periódicas de *Cuadernos*, *Estudios Jaliscienses* y *Descripciones Jaliscienses*.

Su maestría en Estudios sobre la Región, incluida en el padrón de posgrados de excelencia de CONACYT, se encuentra ya en la tercera promoción y se ha abierto incluso el Doctorado en Ciencias Sociales con la aprobación de la Secretaría de Educación Pública.

Los diplomados en Historia y Geografía de Jalisco, Cultura Jalisciense, Jalisco Contemporáneo, cuentan

ya con más de 4 mil egresados. Este esfuerzo de formación y especialización de profesionistas y maestros es una de las labores más trascendentes y quizá menos conocidas de El Colegio. Forman parte de su clara vocación jalisciense, regional y local.

Es el mismo sentido que tienen los coloquios regionales, a donde ha ido El Colegio para divulgar e interesar a los pobladores de tantas zonas del estado: La Barca, Arandas, Tequila, Unión de Tula, Acatic, Zapopan, Puerto Vallarta, Autlán, Etzatlán, Mezquitic, Ejutla, Tepatlán, Juchipila (en Zacatecas), San Juan de los Lagos, Tamazula, Magdalena, Mazamitla, Tonalá, Huejuquilla el Alto, Mascota, Lagos de Moreno, Atotonilco el Alto, San Sebastián del Oeste y Cihuatlán.

Los informes anuales del doctor Muriá, desde 1992 hasta la fecha, dejan ver un esfuerzo constante por el crecimiento, la consolidación y la implantación definitiva de El Colegio en el contexto regional, nacional e internacional. Crece el número de publicaciones de manera constante, las conferencias y actividades públicas y los programas de docencia.

En 1994 se celebran los primeros convenios internacionales, con la Universidad de San Luis Missouri, con la Fundación Ortega y Gasset de España, con el Gobierno Autónomo de Cataluña, y con el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

El 9 de diciembre de 1995 llegaron a Zapopan los 45 mil volúmenes del acervo bibliográfico de la biblioteca de Michael W. Mathes y se inicia la construcción que la albergaría. El mismo año se ratifican y firman nuevos convenios: con el CONACYT, el INAH, la SEP, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA), el Centro de Información y Documentación Internacionales en Barcelona y el Organismo de los Servicios de Educación Básica y Normal-Jalisco (OSEJ).

En 1996 se realizan actividades de intercambio académico con la Universidad de Puerto Rico. En 1997 se realiza el Taller de Historia Oral, se ofrecen nuevas especialidades y diplomados (en comercio exterior y

financiamiento internacional, en derecho y seguridad social) e inician las actividades conjuntas con el Instituto de Estudios Autonómicos de Cataluña.

En 1998 se crea el Programa de Estudios Vallartenses (gracias al apoyo de los Amigos de Vallarta, A.C. encabezados por Guillermo Brockman), un programa de intercambio con la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos de Venezuela, igual que con la Universidad Mayor, Real y Pontificia de San Francisco Xavier de Chuquisaca, de Sucre, Bolivia; la Universidad Mayor de San Andrés de la Paz, Bolivia, y la Institución de Investigaciones y Estudios Abulenses Gran Duque de Alba, en Ávila, España.

Durante el año de 1999 inician los trabajos del Proyecto Interdisciplinario sobre el norte de Jalisco que dirige Andrés Fábregas Puig; prosiguen los trabajos del Programa de Estudios de los Catalanes de México a cargo de Teresa Ferriz, primero, y luego al cuidado de Cristina Lloret, e inicia sus trabajos el Programa de Estudios Aplicados en Gobierno Local y Regional que concluyó en marzo de 2000, gracias al apoyo del Instituto de Estudios Autonómicos de Cataluña y de las universidades Pompeu Fabra de Cataluña y de Barcelona. Las jornadas de "Reflexiones contemporáneas" lograron convocar ese año un gran interés en sus diversas versiones.

Durante el mismo 2000, El Colegio de Jalisco participó en una actividad fundamental para la comunidad del estado: la coordinación académica, en conjunto con la Universidad de Guadalajara, del magno estudio de prospectiva *Jalisco a Futuro*, patrocinado por un conjunto de organizaciones privadas, cívicas y sociales integradas en la organización llamada "Jalisco, nuestra empresa", entregado a la sociedad el mes de septiembre. Se trata de un esfuerzo central de planeación estratégica que habrá de orientar muchos de los esfuerzos sociales en el futuro inmediato y que será la base de importantes iniciativas que quedarán en manos de instituciones como el propio Colegio de Jalisco.

## El futuro inmediato, el siglo XXI

A lo largo de diez años, la revista *Estudios Jaliscienses* ha sido pues, un testigo fiel, bitácora y registro de las inquietudes, tareas y proyectos de El Colegio de Jalisco. Su temario, el índice analítico de sus autores y el análisis de sus intereses, reflejan con toda nitidez la personalidad y vocación de esta institución: la de ser una entidad preocupada por el fortalecimiento de la cultura y la identidad jaliscienses, la de contribuir al conocimiento de su pasado y de sus problemas actuales, la de colaborar en la búsqueda de soluciones y propuestas de futuro.

La historia reciente de El Colegio es una historia agitada, azarosa a veces, siempre difícil. En medio de estrecheces, incompreensión y obstáculos múltiples, el Colegio ha sabido vivir y acompañar a Jalisco a lo largo de los últimos diez años en los que el estado, y especialmente la esfera de la educación e investigación superior local, se han transformado radicalmente.

Los retos inmediatos de El Colegio de Jalisco pasan siempre por su consolidación *definitiva* y por la conquista de una carta *definitiva* como centro de investigación científica regional en el horizonte de un país que, al paso del año 2001, se enfila ya hacia nuevos tiempos, en los que Jalisco tiene mucho que decir y El Colegio mucho que aportar. Para dar cuenta de ello, seguiremos contando, a no dudarlo, con la revista *Estudios Jaliscienses*.

## *Un acontecer que fluye a contracorriente*

Pedro Tomé Martín  
*Universidad de Salamanca*

Poco después de que el sol aparezca por el naciente tapatio, las torres de la basílica de Zapopan comienzan a iluminarse y reflejar sus rayos. Es el momento que espera una informe multitud para adueñarse pacífica y paulatinamente de las calles aledañas. Vías como Eva Briseño, Emiliano Zapata, 20 de Noviembre, Juárez o Hidalgo, por no reseñar lo que acontece ante las puertas de la propia Basílica, se convierten en el escenario por el que compradores, transeúntes, curiosos, peregrinos, demandantes de servicios, ociosos y toda suerte de personas inetiquetables se desenvuelven. La disparidad de ritmos configura una coreografía urbana que da una definida personalidad a la que antaño fuera villa maicera y hoy es ciudad conurbada. Mientras, la esquina que une y separa las calles 5 de Mayo y Javier Mina parece permanecer ajena a esta vorágine. Es justamente tras los muros de dicha arista “a un costado de la Basílica”, donde se halla El Colegio de Jalisco.

Una lluviosa mañana al comenzar el verano de 1997, franquee por vez primera las puertas de dicho edificio. Nada más hacerlo, descubrí que el sosiego era mera apariencia y que no pocas personas se afanaban en un trajín tan arrítmico como acompasado: manos descolgando teléfonos o tecleando apresuradas letras que al instante hallaban reflejo en pantallas iluminadas; brillos que aparecían tras el paso lento de trapeadores; palabras en tonos distintos que se intercambiaban en despachos abiertos, se susurraban en pasillos o escuchaban al pie de una

mesa, diluidas en el aire por el arrastrar de hojas de palma en el suelo del patio; vehículos empeñados en sorrear un sublime y molesto tronco arbóreo; gentes cargando libros de un lugar a otro; en suma, todo un mundo de actividad. Por una angosta escalera, que quiere ser de caracol y queda en quiebro al aire, accedimos hasta la Presidencia de la Institución donde, amablemente recibidos, pude hacerme una cabal idea de cuáles eran los objetos que El Colegio de Jalisco pretendía alcanzar.

Tras esta primera estancia, tan breve como intensa, he tenido la fortuna de cruzar año tras año las puertas abiertas de El Colegio de Jalisco para gozar de estadias de variable duración. Tales permanencias me han permitido escudriñar desde una perspectiva de concurrente algunos acontecimientos internos de El Colegio de Jalisco; acaeceres que desde particular y subjetiva atalaya pretendo desgranar en lo que sigue.

### *Adversum positivismus*

La pretensión de alcanzar el saber universal guiaba la creación de las universidades -de ahí su nombre- que hace ahora setecientos años empezaron a proliferar lentamente por toda Europa. Hoy día, dada su material imposibilidad, dicha aspiración ha sido abandonada por las instituciones que se dedican tanto a la docencia como a la investigación. Hay, sin embargo, otro tipo de universalidad que parece permearlas: la vinculación con los aparatos políticos y productivos. Como consecuencia de tales nexos, los científicos se encuentran con una reiterada solicitud de neutralidad emanada desde las instancias aludidas, cuya traducción al ámbito de la pesquisa se concreta en la reducción de la misma a la búsqueda de soluciones técnicas a problemas no menos técnicos o al análisis e indagación de aquellos aspectos de la vida humana que no produzcan perturbación especial en el ámbito institucional.

No se trata de que la percepción social pueda no ajustarse a lo que verdaderamente hace el científico,

sino del hecho de que las condiciones sociopolíticas imperantes afectan directamente a los contextos cambiantes de justificación y descubrimiento. Por tal motivo, estos condicionantes deben ser insertados en la lógica de la investigación científica para comprender cabalmente su funcionamiento. De hecho, desde un punto de vista metodológico, esta presión supone que cualquier conocimiento que no conlleve una explícita pretensión de objetividad es desplazado inmediatamente del ámbito de lo científico. Por lo mismo, no tomar en consideración su influencia conlleva una nítida incapacidad para entender los resultados a los que numerosos científicos llegan en sus indagaciones.

Sin embargo, sabemos fehacientemente que el marco categorial de lo que Husserl denominara el "mundo de la vida" es constitutivo de cualquier tipo de conocimiento, incluido el científico. Desde esta perspectiva, la desconsideración de la comprensión frente al "conocimiento objetivo" se presenta como una cosificación, una completa autoobjetivación, dirían Horkheimer y Adorno, del ámbito de la intersubjetividad. O lo que es lo mismo, cualquier anhelo de objetivismo, como fundamento de un programa cientifista incluye una práctica social alienada en la medida en que no es capaz de reconstruir el saber preteórico y preconstituyente en el que toda experiencia, incluida la científica, se origina.

Sirva este metateórico *excursus*, simplificador de las disputas epistemológicas a las que las ciencias sociales se han visto abocadas desde Dilthey,<sup>1</sup> para abordar desde una perspectiva amplia lo que creo es una de las señas de identidad de El Colegio de Jalisco. Si la diferencia entre los dos modelos de conocimiento aludidos tiene que ver básicamente con la presencia o ausencia de la intersubjetividad, podría decirse, o al menos así quisiera verlo quien esto escribe, que El Colegio de Jalisco se inclina nítidamente hacia una práctica investigadora vinculada a una actitud performativa dirigida a la elucidación de fines prácticos, en el sentido kantiano del término, y de la relación entre éstos y los medios.<sup>2</sup>

1. Por supuesto, la polémica afecta también a aquéllas arrogantes e ingenuas disciplinas del saber que no se autoconcepcionan como ciencias sociales y que, por tanto, en buena lógica deberían ser llamadas "asociales".
2. Soy suficientemente consciente que la generalización excesiva conduce al error. Como más adelante señalaré, uno de los aspectos más interesantes de El Colegio de Jalisco es su empeñada defensa de que cada investigador profundice en el ámbito de su trabajo desde su propia perspectiva. Por tanto, aunque no se indique en cada caso, tras toda afirmación general que se presente en estas páginas, debe sobreentenderse que existen excepciones totalmente legítimas y deseables.

Ciertamente cada investigador que se dedica a escudriñar la realidad social desde la plataforma de El Colegio de Jalisco parte desde posiciones teórico-metodológicas propias. Sin embargo, un somero análisis de la actividad de El Colegio de Jalisco permite detectar con facilidad la predominancia de una actitud realizativa no objetivante, tanto en los aspectos vinculados a la docencia como a la investigación.

Así, el programa del doctorado en Ciencias Sociales que espera sus primeros frutos en forma de racimo de tesis para este mismo año, declaraba tener entre sus objetivos primordiales la formación de investigadores capaces de generar teorías vinculadas a problemas sociales. No se trata, por tanto, de generar técnicos, campo que se deja expedito para aquellas instituciones cuyo ideario, expresado siempre en altisonantes términos, hace de la bandera de la neutralidad, siempre almenada pero nunca realizada, guía y estela a la que seguir.

Obviamente, la formación de esta nueva hornada de científicos sociales, duchos en el arte del manejo de las teorías y sus aplicaciones, sólo ha sido posible, como me consta, con una adecuada profundización tanto en el actual pensamiento de dichas ciencias como, sobre todo, gracias al cultivo pormenorizado de los clásicos. No hay duda de que abordar frutos de pensadores ilustrados centroeuropeos y americanos, así como de filósofos medievales o aún helénicos, como mecanismo para comprender algunos fenómenos contemporáneos puede resultar profundamente revolucionario en un contexto en el que la "moda científica" ha establecido como axioma no leer nada cuya antigüedad exceda de quince años y no venga en inglés.

La misma actitud puede hallarse en el ámbito investigador. Si por doquier impera un positivismo de nueva apariencia y rancio cuño en el que el dato se enseñoorea en las monografías científicas, El Colegio de Jalisco abunda en recientes producciones que marcadamente basculan hacia lo interpretativo o reconstructivo.

Cuando algunos historiadores reducen su indagación a la traslación "objetiva" del documento sin más

3. Todos los títulos que aparecen en el texto han sido editados por El Colegio de Jalisco. Habida cuenta de que se trata de una reflexión sobre el mismo he preferido no nombrar a ninguno de sus investigadores en particular. No se trata de minusvalorarlos: tanto en público como en privado, he sostenido siempre que su mayor riqueza son sus recursos humanos, sus gentes, con independencia del lugar que ocupen. Nombrar a algunos y no citar a otros que por descuido pudieran quedarse en el tintero y cuyo trabajo es igualmente importante sería descortesía de impropio tamaño. No dar, por tanto, nombre privativo alguno debe entenderse como explícito reconocimiento a todos y cada uno de ellos.

4. Resulta muy fácil abandonarse a posturas esencialistas y recurrir al "ser" -quién sabe qué sea, si es, que no es- que "se dice de muchas maneras" (Aristóteles *dixit*), para justificar todo aquello de lo que no tenemos conocimiento fundado. Sea como fuere, y dado que preferimos situarnos en la estela del cantor popular que rasgaba su guitarra recordando que "más vale caminar con una duda que con un mal axioma", no tomamos en cuenta más esencias que las que aparecen guardadas en los frascos de perfume.

comentario que el color de su tinta y la hondura de sus rasguños, El Colegio de Jalisco publica un *Album del tiempo perdido*<sup>3</sup> en el que la pintura resulta trasunto metafórico de la cotidianidad tapatía o un ensayo con el sugerente título de *Los silencios de la historia: las cristeras*. No es cuestión sólo de títulos. Esta última obra, analizando el papel de las mujeres en "la cristiada" aborda de un modo práctico la cuestión de la vinculación entre ciencia y creación artística, entre historia y novela. No se trata en la misma de mostrar al modo postmoderno que la historia o las ciencias sociales son una forma de literatura, sino de insertar a ésta dentro de aquéllas con la convicción de que contribuye de forma decisiva a incrementar lo que podemos saber acerca de una sociedad.

Dicho sea de paso, la investigación que sitúa a la literatura como objeto de estudio no resulta novedosa en El Colegio de Jalisco. Baste recordar para apuntalar tal afirmación, la reflexión acerca de la novela que mostraba su desenvolvimiento desde la Revolución a la unidad de la literatura iberoamericana o el análisis que, so pretexto de dar a conocer las tierras en que vivió Juan Rulfo, se formulaba acerca de la literatura europea centrada en el ámbito rural. En la misma línea hay que situar *Al filo de Yáñez*, edición con la que se conmemoró el quincuagésimo aniversario de la primera edición de la obra más conocida del de Yahualica.

Esta mínima relación no implica que El Colegio de Jalisco haya centrado su tarea indagadora en un irreflexivo poetizar pensante que, haciendo del "lenguaje la casa del ser" al modo heideggeriano, se abandone en un cierto irracionalismo fruto de la creencia de que el ser se muestra mediante la concatenación de diversas aperturas del mismo a través de sistemas metafóricos que hacen posible nuestra experiencia del mundo.<sup>4</sup> Es más, aunque la hermenéutica gadameriana ha hallado eco en Zapopan, todavía son minoría los investigadores de El Colegio de Jalisco que la ven más próxima a la verdad que al método. Por ello, no es de extrañar que, desde posiciones menos esencialistas, se acuda a grandes escritores atendiendo a ópticas no explícitamente litera-

rias. Tal ocurre, por ejemplo, en *Vida y obra de Agustín Yáñez* donde, con especial detenimiento en su actividad pública, se recuerdan las múltiples facetas por las que discurrió el trayecto vital del mencionado. Algo similar ocurre con los *Ensayos indigenistas* en los que se muestra cómo un jalisciense, Francisco Rojas González, de merecida fama por sus inagotables e imaginativos cuentos fue también uno de los pioneros de la antropología mexicana.

No son, por cierto, estos los únicos ensayos de corte indigenista publicados por El Colegio de Jalisco. Un año antes de que un aldabonazo en el sureste mexicano recordara al mundo que los indígenas no son sólo vivencia prehispánica mostrada en vitrales museísticos, El Colegio de Jalisco había celebrado ya un coloquio de nahuatlato. Sin tiempo casi para digerir los efectos de la indianización del debate político aparecería *La flecha en el blanco* en la que se muestra el proceso de conversión que, forzado por las circunstancias, sufre Tenamaztle en tierras castellanas. Las armas se trocaron en palabras y, unidas a las de fray Bartolomé de las Casas, aún resuenan como una de las primeras vindicaciones en defensa de los derechos indígenas. Por otra parte, en 1996, líderes indígenas, junto con investigadores, dejaron oír su voz aprovechando el foro que El Colegio de Jalisco ofrecía.

*La mitología de los huicholes*, edición que incluye más de doscientas fotografías de las que compusieron esta primera obra con la que la antropología norteamericana se acercó a los wixárika, es un soberbio corolario, por el momento, a una práctica de defensa de la heterogeneidad que las investigaciones promovidas por El Colegio de Jalisco han llevado a cabo.

### **La diferencia como condición de la igualdad**

Aunque cuando estas letras se lean el tercer milenio habrá sido inaugurado ya, la mayor parte de los científicos sociales siguen manejando una decimonónica y

tayloriana definición de la cultura que tácitamente la identifica con un proceso homogeneizador. Si bien algunos de los que laboran en El Colegio de Jalisco participan de tal concepción, lo cierto es que la práctica investigadora del mismo, concretada en una amplia labor editorial que sobrepasa los doscientos títulos y el centenar de artículos aparecidos en sus revistas, es ejemplo nítido de la diversidad social que cubre todos los ámbitos de la vida. Así, por ejemplo, si tornamos la mirada hacia la capital del estado de Jalisco podremos descubrir cómo ha sido vista desde una pluralidad de perspectivas que se asoman a aspectos tan variados como el desarrollo urbano, la educación, las culturas juveniles, la atención a los menores en situación extraordinaria, las elecciones políticas, la alteridad religiosa consolidada o la “nueva era” que nace. Por la misma razón, la personalidad diferencial de cada uno de los municipios que componen “la mancha urbana” es una constante de tales reflexiones.

Algo similar ocurre con el estado de Jalisco en su conjunto. Más allá de los tópicos, la presencia de las distintas regiones que lo conforman está presente en las investigaciones de El Colegio. El sur del estado ha recibido particular atención, si bien no menos que la costa o Los Altos. Si de rancheros se habla, la balanza se equilibra con investigaciones acerca de *El mundo de los hombres del mar*. No se trata sólo de pescadores, aunque sean los del Rosita. Las aproximaciones variadas a Puerto Vallarta, incluyendo un Programa de Estudios Vallartenses, muestran la complejidad de una sociedad en construcción. En esta misma línea, hay que destacar los primeros frutos que están surgiendo de un nuevo proyecto que en pocos años se convertirá en santo y seña de El Colegio de Jalisco: el Norte. Iniciados sus primeros pasos hace ya algún tiempo, la participación en el mismo de un equipo de investigadores de formaciones plurales permite aventurar que en breve se convertirá en referencia inexcusable de El Colegio de Jalisco. A su vez, es tal el afán que conlleva, que no sería de extrañar que en los venideros tratados de ciencias

sociales el Norte de Jalisco sea conocido como la región que estudió El Colegio.

Con todo, la defensa de la diversidad intraestatal no es sólo de orden teórico. Los diplomados de El Colegio de Jalisco, por los que han pasado cerca de cuatro mil personas buscando formarse en la cultura jalisciense, se desarrollan en veinticinco sedes diferentes repartidas por todo el estado. Cabe decir, al respecto de esta práctica docente que, en cualquiera de las modalidades en que se desarrolla, cuenta con una base sólida fundada en un equipo fuertemente cohesionado que domina las habilidades discentes en la misma medida que la investigación de alto nivel. Una somera mirada al catálogo de publicaciones de El Colegio de Jalisco permite certificar que la expresión según la cual “se inicia una nueva fase en la investigación atendiendo a un tema, el educativo, no contemplado hasta ahora”, se ha reiterado en tal cantidad de ocasiones que es un mero cliché que se amolda perfectamente a la presentación de las no pocas obras que se han ocupado del tema: *La Escuela Normal de Jalisco en su centenario*, *La enseñanza media en Jalisco (siglo XIX)*, *Educadores jaliscienses*, *La educación superior en el occidente de México*, *La educación superior en Jalisco. Hoy y Mañana...*

A pesar de que no falta quien legítimamente defienda lo opuesto, El Colegio de Jalisco está mostrando desde hace años que, contrariamente a lo que afirman Abraham Kardiner, Erich Fromm u otros representantes de la Escuela de Cultura y Personalidad que tanta influencia sigue teniendo hoy día, la cultura no es sólo una matriz en la que los individuos se desarrollan. Frente a los que, siguiendo los pasos de Ruth Benedict, consideran que la cultura es un proceso configurador del que pueden esperarse comportamientos semejantes de personas diversas que la comparten, obras como *Centralismo e historia* demuestran fehacientemente, desde posicionamientos teóricos rigurosos, la imposibilidad de seguir defendiendo la existencia de una “personalidad modal” o un “carácter nacional” que vaya más allá de puntuales exaltaciones patrióticas que, en

todo caso, se construyen en perspectiva de futuro y con miras al pasado.

La mirada al porvenir viene confirmada por el hecho de que la mayor parte de las investigaciones se vierten en la formación de científicos sociales a través de los programas de maestría y doctorado. Tres elementos de esta formación llaman poderosamente la atención. Para los que, cual es el caso del que suscribe, nos vemos en la necesidad de impartir nuestras innumerables clases en grupos que habitualmente sobrepasan las doscientas personas en el aula, situarse en la misma tesitura ante un conjunto cuyo número rara vez excede al de los dedos de las manos, resulta una experiencia tan complaciente como estimulante.

En segunda instancia, la escasez de alumnado es fruto de un riguroso proceso de selección. En un momento en el que la proliferación de universidades privadas junto a las públicas tradicionales ha desatado una feroz competencia en la captación de alumnos, El Colegio de Jalisco parece permanecer totalmente ajeno a esa competitividad. La razón de esta tranquilidad parece descansar en una nítida definición de las propias señas de identidad de la institución, que genera un proceso selectivo previo por el que se excluye del mercado estudiantil a una gran parte de la población. Es decir, en lugar de abocarse a una lucha desmedida por tener más alumnos. El Colegio de Jalisco parte de la premisa de que en el proceso formativo en áreas muy específicas es preciso sustituir la cantidad por la calidad, lo que es posible solamente con pocos alumnos. Por tanto, el inicio de una Maestría en Estudios Regionales o del Doctorado en Ciencias Sociales se convierte no en un proceso de búsqueda, sino de elección de alumnos de alto nivel.

No debe interpretarse esta última afirmación en el sentido de que se busque deliberadamente que los que llegan a la maestría o al doctorado de El Colegio de Jalisco sean los mejores. De nada serviría captar grandes lumbreras para despeñarlas después por el camino de la negligencia. Es decir, lo que se pretende es que la altura de miras, la aspiración a la excelencia, sea el resultado

del periodo de escolarización. Por tanto, en lo que respecta a los programas señalados, El Colegio de Jalisco, en la reiterada carrera entre Aquiles, el de los pies ligeros, y la tortuga de la que nos hablara el viejo Zenón de Elea, apuesta siempre por la tortuga.<sup>5</sup>

El ejercicio selectivo tiene que ver con el tercero de los factores que condicionan y explican la práctica docente de El Colegio de Jalisco: la subordinación de la misma a la investigación. Mientras en la mayor parte de las universidades de desmedido tamaño o en los sistemas educativos regularizados es uso corriente que los investigadores se conviertan exclusivamente en docentes, dejando la indagación para el tiempo libre, El Colegio de Jalisco ha optado por el sistema opuesto: aquí los investigadores hacen lo que tal categoría sugiere y utilizan la escasa docencia para reforzar la tarea que centra todas sus actividades. No se trata, por tanto, como habitualmente sucede en numerosos lugares, que los maestros entren en las aulas prestos a impartir magistral conferencia que se repite *ad infinitum* año tras año en la confianza de que los alumnos serán distintos. Si un día las hojas que ahora amarillean por el paso del tiempo fueron orgullo de sapiencia, hoy son solamente manifestación externa de la extrema esclerosis de la inteligencia.

La vacuna contra tan arcaico como tenebroso y extendido mal, producto de la reiteración y la imposibilidad material de la renovación, se halla en la coacción de la investigación. Si la práctica docente en la que el investigador participa, cual ocurre en El Colegio de Jalisco, es concebida como parte del proceso de contrastación, justamente aquélla en la que las ideas reciben las primeras críticas antes de llegar a elaboración definitiva, los desvelos del que investiga se ven alentados en la misma medida en que la formación de los escolarizados se incrementa. Así, el resultado de múltiples investigaciones que aparecen individuales son siempre fruto de un pensar común en el que todas las partes se benefician.

5. Lo que hace que algunos de los que participan y sufren este duro proceso recuerden esta paradoja en términos de Lewis Carroll mediante la combinación inadecuada de los términos "tortuga" y "tortura".

## Un ombligo transfronterizo

Existe una clave de bóveda que garantiza que este arco se mantenga en pie: la garantía de autonomía que los investigadores gozan en su trabajo. La inexistencia de interferencias no científicas en el proceso de indagación, facilita la creación de una empatía entre el investigador y el objeto de su estudio que se traduce en un compromiso emocional. Consecuentemente, si se compara con otras entidades semejantes e incluso de mayor tamaño dedicadas a la investigación, la producción científica de El Colegio de Jalisco resulta favorablemente desproporcionada. Pero, no se trata sólo de cuantía: aunque la botica es grande, no hay de todo; una exigencia continuada de calidad prevalece en su tono editorial.

La independencia operativa de los investigadores permite extender la indagación hacia aspectos de la vida social que de otra forma pasarían desapercibidos. Sin embargo, ello no significa que no exista una directriz común: Jalisco y, por extensión, el occidente mexicano están perpetuamente en la mira. Desde todos los ángulos imaginables, desde todas las perspectivas, Jalisco ha sido y está siendo escrutado por los investigadores de El Colegio. Si, nuevamente, atendemos a los objetivos que persigue el programa de doctorado en Ciencias Sociales, descubrimos que éste estudia básicamente “los complejos problemas del desarrollo de la sociedad en el Estado de Jalisco, en el Occidente de México y, por supuesto, su interrelación con los que se presentan en el País”.

Ahora bien, no se trata de una ensimismada mirada a la torre del campanario local, pues en el mismo lugar se asevera que “el diseño del Programa de Doctorado provee la preparación de especialistas en los problemas del Estado de Jalisco y del País en su conjunto, así como el desarrollo de la capacidad para el ejercicio comparativo con otras áreas culturales del mundo”.<sup>6</sup> Tal vez sea por eso por lo que no resulta extraño escuchar una conferencia sobre el tequila en la recoleta ciudad castellana de Zamora o sobre el “rebaño sagrado”

6. Vid. [www.class.udg.mx/~coljal/](http://www.class.udg.mx/~coljal/)

-las "chivas" del Guadalajara-en el gélido Chicago. De igual modo, es posible tener la fortuna de escuchar a un investigador de El Colegio de Jalisco disertar sobre el obispo Cabañas, navarro de origen, en el País Vasco español o hallar a otro reflexionando en voz alta sobre la conformación de las fronteras en Idanha-a-Nova en el fronterizo departamento portugués de Castêlo-Branco.

Más allá de la coloquial expresión "Jalisco, cuna y esencia de la humanidad", utilizada como provocador banderín de enganche tanto en lugares remotos como cercanos, se descubre un espíritu crítico que obliga al continuo contraste entre lo que se piensa y lo que se hace en Jalisco. En la misma medida en que las ciudades jaliscienses se analizan comparativamente con otras del occidente, se observa la repercusión de la tan cacareada globalización en Jalisco, en México y en el resto del mundo. Si aparece una obra sobre ritos electorales jaliscienses, al poco tiempo le sigue otra de quien fuera canciller mexicano analizando la doctrina y la práctica política de México y, más recientemente, otra colectiva que refleja los discursos sobre Iberoamérica que en El Colegio de Jalisco pronunciaron el vicepresidente del gobierno boliviano así como líderes indígenas o investigadores del propio Colegio.

Esta ampliación de horizontes, desde Guadalajara a Iberoamérica continúa su proyección al exterior. Las más de las veces, so pretexto de dar a conocer las bondades del licor destilado del agave y cuyo nombre se identifica no sólo con el de una localidad, Tequila, sino con el de todo el estado de Jalisco, ha habido presencia institucional de El Colegio de Jalisco en el norte y en el sur del continente, desde las cálidas tierras californianas o las frías canadienses, hasta las europeizadas calles de Buenos Aires o en la trastienda de las siempre sugerentes playas del Brasil. En otras ocasiones, con propósitos diferentes, bien de forma individual, bien representado por un grupo compacto, El Colegio de Jalisco ha estado presente en Puerto Rico, Guatemala,

Francia o España, por citar algunos destinos allende las fronteras mexicanas.

Por cierto que, en este sentido, no está demás indicar que El Colegio ha sido protagonista de un hecho excepcional en las ciencias sociales y que se ha concretado en un convenio de cooperación científica con proyección internacional. Lo excepcional no es que haya convenios, sino que éstos, tras las protocolarias palabras, se lleven a efecto. Tuvo lugar la firma del mismo en la amurallada y teresiana ciudad de Ávila, en España. Merced a tal acuerdo, por vez primera en la historia de la antropología dos antropólogos de nacionalidades diferentes estudian conjuntamente los países de origen de ambos sin recurrir a la fácil yuxtaposición. Por otra parte, supone una de las contadas ocasiones en que un investigador social mexicano estudia *in situ* culturas ibéricas. Al respecto no es ocioso mencionar que tanto los académicos europeos como iberoamericanos han asumido desde hace tiempo que resulta un hecho normal la visita de los primeros al continente americano al sur del Río Grande. No hay costumbre y produce, por tanto, cierta estupefacción el que un estudioso de El Colegio de Jalisco, consecuentemente ciudadano procedente de un lugar periférico respecto de las actuales metrópolis, cometa la osadía de ir a estudiar a los habitantes de un primer mundo que no lo es ni por orden alfabético.

Este ámbito de la reflexión antropológica presenta, asimismo, otra faceta interesante y que sitúa, una vez más, a El Colegio de Jalisco a contracorriente pero fluyendo. Como consecuencia de las múltiples crisis de identidad que la disciplina ha sufrido en las últimas décadas, la mayor parte de los antropólogos han optado por encerrarse en sus despachos para analizar el mundo con mayor comodidad. Esta vuelta a la "antropología de biblioteca", que incluye una no consciente recaída en algunos de los vicios teóricos de los orígenes de la disciplina, si bien ahora por motivos diferentes, encierra a los antropólogos en burbujas protectoras de cualquier crítica políticamente correcta. A cambio, el precio que se paga es el abandono del trabajo de campo. Pues bien, en ese contex-

to, los antropólogos de El Colegio de Jalisco vuelven a la máxima de los maestros según la cual el inicio del quehacer antropológico se halla en los pies para luego utilizar la cabeza. *Entre mundos*, por ejemplo, sería cabal paradigma de la antropología en el campo, pero es sólo “cabeza de puente” de otras obras que están por venir. El ya reseñado proyecto acerca del Norte de Jalisco será, en este contexto, prueba de fuego.

Todas estas obras de producción propia deben sumarse a la nada desdeñable cifra de 70 mil ejemplares para comprender en su justa dimensión uno de los tesoros ocultos de Zapopan: la Biblioteca “Mathes” de El Colegio de Jalisco. Los distintos fondos que se unieron al que da justo nombre a la biblioteca, están convirtiendo a la institución no sólo en lar de propios investigadores, sino en providencial área en la que otros profesionales, tanto de Guadalajara como de otras ciudades del occidente mexicano, encuentran en los anaqueles bien dispuestos un acervo bibliográfico que está coadyuvando de forma decisiva al empuje de las ciencias sociales.

En suma, tras este sucinto esbozo, dedicado a seis delfines que creyeron que El Colegio de Jalisco es un buen acuario en el que empezar a nadar antes de desbordar las fronteras del ancho mar, debiera sintetizar lo que para mí es El Colegio de Jalisco en solo tres palabras: “aquí es Jalisco”.

Próximo número

# J ESTUDIOS S ALISCIENSES

46

## Introducción

Marta Noguer, Carlos Guzmán Moncada

## Andrés Fábregas Puig

*Los catalanes del exilio y la Antropología mexicana*

En este artículo se hace un recuento de las contribuciones que hicieron algunos catalanes exiliados en México a la Antropología, al mismo tiempo que se ofrece una semblanza biográfica de los más destacados.

Palabras clave: Exilio, Catalanes, México, Antropología

## Salomó Marquès Sureda

*Riqueza para unos, pobreza para otros*

Aquí se ofrece una aproximación al impulso que dieron los maestros catalanes exiliados a la educación activa en México, y se resalta el retroceso que en el campo educativo experimentó España en general con el triunfo de Francisco Franco.

Palabras clave: Exilio, España, Educación activa, México

## Joaquim Romaguera i Ramió

*Presencia del exilio catalán en el cine mexicano*

El autor presenta una visión general de la participación que tuvieron en el cine nacional los exiliados catalanes, da una lista de prácticamente todos los que trabajaron en esa industria y señala en qué área se desempeñaron.

Palabras clave: Exilio, Catalanes, México, Cine

## Marta Noguer Ferrer, Carlos Guzmán Moncada

*Avel·lí Artís-Gener: testimonio de un catalán de México*

Este trabajo resalta la representatividad de Avel·lí Artís-Gener en el caso de los escritores en lengua catalana en el exilio mexicano y pone de manifiesto las relaciones entre ambas culturas: la catalana y la mexicana.

Palabras clave: Exilio, Catalanes, México, Literatura